

LUKE PEARSON - STEPHEN DAVIES

HILDA

Y EL PUEBLO OCULTO

se

Hilda es una gran aventurera y no le teme a nada. Ni siquiera a las criaturas mágicas del valle en el que vive con su madre. Es una gran exploradora a la que le encanta dibujar ¡y descubrir los secretos más emocionantes del lugar!

Pero todo cambia cuando empiezan a recibir cartas de los elfos invisibles pidiéndoles que se marchen. Valiente y decidida, Hilda se niega en rotundo a abandonar su casa, pero ¿será capaz de resolver los problemas con el pueblo oculto del valle?



Luke Pearson & Stephen Davies

Hilda y el pueblo oculto

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2020

Título original: *Hilda and the hidden people*
Luke Pearson & Stephen Davies, 2018
Traducción: Noemí Sobregués Arias
Ilustraciones: Seaerra Miller

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SÉPTIMO

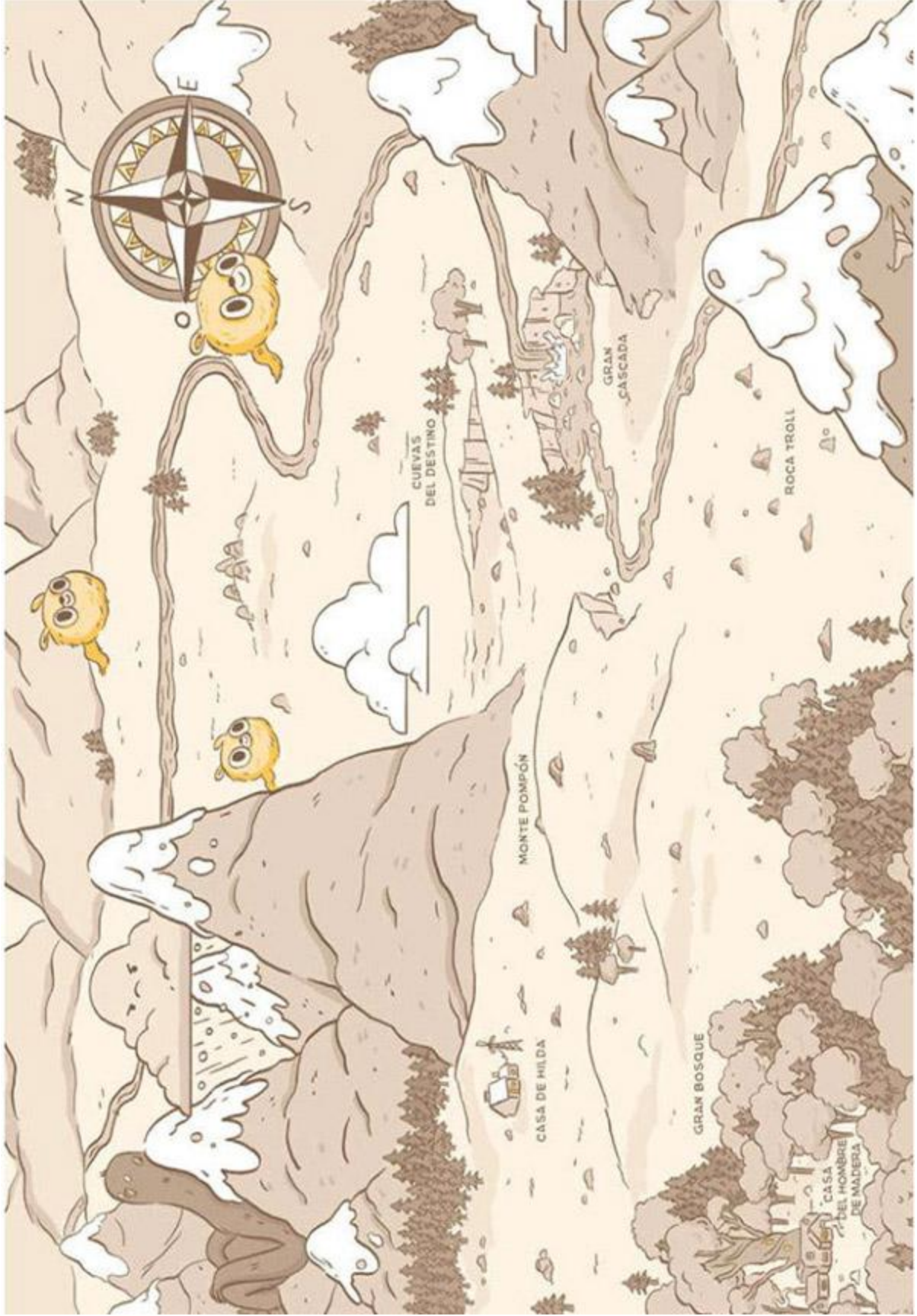
ANIVERSÁRIO

epublicre



Proyecto Scriptorium/más libros, más libres







1



Soplaba el viento. Los woffs volaban. El sol estaba muy bajo en el cielo. En la ladera sur del monte Bota, una niña con el pelo azul se sentó en una roca y sacó la lengua.

Hilda siempre sacaba la lengua cuando dibujaba. La ayudaba a concentrarse. La punta del lápiz se deslizaba por el cuaderno mientras dibujaba los bosques y las llanuras, las cascadas y los ríos, las montañas con el pico nevado y el frondoso valle. Hacer mapas era una parte importante de la labor de un aventurero, y Hilda se tomaba las aventuras muy en serio.

En cuanto terminó de dibujar las montañas, les puso nombre basándose en su forma. Con su mejor letra escribió monte Taza, monte Lámpara, monte Luna, monte Escarabajo, monte Botella y monte Pompón. Estaba quedando un mapa estupendo, se dijo a sí misma. Y tuvo que decírselo a sí misma porque no había nadie más en kilómetros a la redonda, aparte de Twig, pero Twig no hablaba.

Twig era un zorro ciervo, un animalito blanco, valiente y cariñoso que solía acompañar a Hilda en sus aventuras.

Abajo, en medio de la llanura, había una enorme roca. Hilda la miró fijamente con la mano por encima de los ojos para protegerse de los rayos inclinados del sol de la tarde. Lo más raro de aquella roca era que de ella sobresalía una gran piedra puntiaguda. Como el mango de una olla, pensó Hilda. O una gran nariz de una cara feísima.

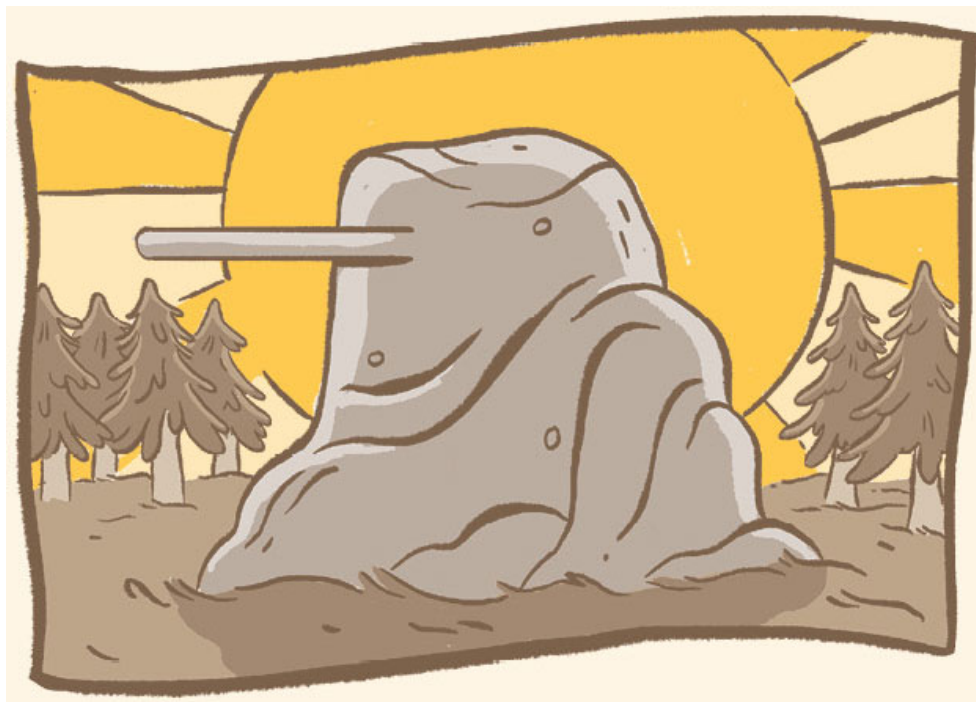
A Hilda se le heló la sangre. Se descolgó de los hombros su mochila de aventuras, sacó el libro *CUEVAS Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*, de Emil Gammelplassen, y pasó las páginas hasta que llegó al capítulo de los trolls.

Algunas especies de trolls no soportan la luz del sol. Si los rayos del sol caen sobre esos trolls, se convierten en piedra. A veces es difícil diferenciar un troll petrificado de una roca normal, pero en las rocas troll pueden verse rasgos faciales, sobre todo grandes salientes en forma de nariz. Al ponerse el sol vuelven a convertirse en trolls.

Hilda observó la roca troll. Era la primera vez que veía una y le costaba creer que estuviera justo delante de ella.

Los viajeros prudentes tendrán cuidado al acercarse a una roca o a una piedra vertical, porque podría ser una roca troll esperando a que llegue la noche. Si es así, no

hay razón para asustarse, ya que el troll mantendrá esta forma mi entras esté en contacto con la luz de sol. Como los trolls la aborrecen, construyen sus hogares en lugares oscuros, como cuevas o túneles. Aunque no es necesario que los aventureros eviten totalmente estos lugares por miedo a estas criaturas, merece la pena ser excepcionalmente cuidadoso y prepararse a conciencia.



A muchos trolls no les importa la presencia humana, o en todo caso son tan precavidos con los humanos como los humanos con ellos. Sin embargo, a algunas especies les

encanta comer humanos y los cocinan de manera increíblemente ingeniosa. Teniendo esto en cuenta, al cruzar un territorio troll lo sensato es llevar una campana, porque todo el mundo sabe que su sonido resulta insoportable para los trolls de todas las especies.



—¿Qué piensas, Twig? —preguntó Hilda—. ¿Dibujó rápidamente la roca troll ahora que aún estamos a tiempo?

Twig movió la cola alegremente. Siempre estaba listo para una nueva aventura.

Hilda se ajustó la bufanda amarilla alrededor del cuello, se colgó la mochila de aventuras a la espalda y echó a correr.

A los pocos minutos Hilda y Twig estaban delante de la roca troll. Ahora que estaba lo bastante cerca para verla bien, distinguía no solo la nariz, sino

también dos grietas ovaladas en la roca que sin duda parecían dos ojos brillantes.

Sacó de su mochila de aventuras una campana sujeta con una cuerda.

—Tienes trabajo, Twig —le dijo—. Cuélgasela en la nariz. Si el troll empieza a moverse, el tintineo de la campana nos avisará.

Twig cogió la campana con la boca, corrió por el cuerpo de la roca troll, avanzó de puntillas por la nariz horizontal y colgó la campana en la punta.

Hilda se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y empezó a dibujar el escarpado contorno de la roca troll. Sacó la lengua mientras dibujaba la curva del cuerpo, el bulto de la cabeza y la enorme y prominente nariz. Luego cambió de sitio y dibujó la roca de perfil, y también por detrás.

—No está mal —susurró observando los bocetos terminados—. ¿Qué te parece, Twig?

El zorro ciervo inclinó la cabeza hacia un lado.

—Lo sé —dijo Hilda—. Los ojos no me han quedado muy bien, ¿verdad? Tengo que acercarme más para dibujarlos.

Hilda echó un vistazo al sol, que estaba muy bajo en el cielo, cerca del horizonte. Se metió el cuaderno por debajo del jersey y se quitó las botas de goma rojas.

—Faltan veinte minutos para que se ponga el sol —murmuró—. Tengo tiempo de sobra para hacer un último boceto.

Hundió las puntas de los dedos en una grieta y trepó por la roca troll hasta llegar a la nariz. Estaba tan concentrada que no vio que por el oeste estaba formándose un nubarrón que avanzaba hacia el sol.

Twig gruñó desde el suelo.

Hilda se sacó el cuaderno de debajo del jersey.

—¡Un minuto, chico! —le pidió—. Bajaré en cuanto haya dibujado los ojos.

Se sentó a horcajadas en la nariz, con las piernas colgando a ambos lados, y sacó la lengua. Subir a la nariz había sido una idea estupenda. Veía la forma y la textura exactas de los grandes ojos de piedra del troll. Los deslumbrantes globos oculares. Las pupilas redondas, que parecían cada vez más grandes y brillantes.

El lápiz de Hilda corrió por el papel. Twig, en el suelo, ladró y gruñó.

—¡Lo siento, chico! —se disculpó Hilda a voces—. Ya sé que tienes hambre. Espera un minuto y volveremos a casa a cenar.

Din.

—¡Oh! —exclamó la niña.

Din, don.

—¡Oh, no! —volvió a exclamar.

Din, don, din, don, din, don.

—¡Corre! —chilló Hilda.



2



Hilda saltó de la nariz del troll y bajó por su cuerpo hasta el suelo.

El monstruo se incorporó. Arañó el aire con sus garras afiladas, y sus espeluznantes rugidos ahogaron el tintineo de la campana que le colgaba de la nariz.

Hilda echó a correr y Twig la siguió pisándole los talones. Cruzaron juntos la llanura a toda velocidad, esquivando pedruscos y saltando zanjas.

El monstruo los siguió tambaleándose. Para ser una criatura tan barrigona, corría bastante rápido.

—¡Por aquí, Twig! —gritó Hilda—. Si cruzamos el río, quizá logremos escapar.

Corrieron por la orilla del río hasta llegar al punto por el que se podía cruzar. Hilda saltó por las piedras de dos en dos surcando el aire a grandes zancadas. Twig corrió tras ella.

El troll llegó a la orilla, resbaló en la superficie húmeda de la primera piedra y cayó al río con un gran chapoteo.

—Uf —resopló Hilda—. Por fin a salvo.

Pero había cantado victoria antes de tiempo.

La criatura se levantó, expulsó dos chorros de agua por las fosas nasales y siguió persiguiéndolos a través del río revuelto.

—¡El agua solo le llega a la cintura! —dijo Hilda—. ¡Corre, Twig!

En el prado junto a la orilla oeste había una bandada de woffs posados en un círculo de piedras. Cuando Hilda y Twig pasaron corriendo, alzaron el vuelo entre furiosos resoplidos.

Como estaba totalmente rodeada de peludas criaturas amarillas, Hilda ya no veía hacia dónde iba.

—¡Hey! —exclamó sin aliento—. ¿Os importaría volar un poco más alto? ¡AAAAAAH!



El suelo desapareció bajo sus pies. Tropezó, cayó rodando por una empinada pendiente y aterrizó en un montón de tierra.

—Uf —murmuró.

Se sacudió la tierra de la cara y abrió los ojos. Twig se acercó a ella y la empujó con los cuernos.

—¡Ay! —se quejó Hilda—. Tus cuernos son afilados, ¿sabes?


Miró a su alrededor. Había ido a parar a un gigantesco boquete en el suelo, un cráter cubierto de hierba aplastada y con forma de hoja de trébol.

Una hoja de trébol MUY grande y con cuatro dedos.

—Es una huella —susurró la niña—. ¡Mira, Twig, es del tamaño de una casa! Ni siquiera los gigantes del bosque tienen los pies tan grandes.

Twig olisqueó la hierba aplastada. Gruñó suavemente y se le erizó el pelo de la nuca.





—Esperemos aquí hasta que estemos seguros de que el troll se ha ido — le dijo Hilda—. Dibujaré la huella mientras esperamos.

Rebuscó en su mochila de aventuras, pero el cuaderno no estaba. Debía de habersele caído cuando se asustó al ver que el monstruo volvía a la vida.

Frustrada, Hilda pegó un puñetazo en el suelo. No sabía si le dolía más haber perdido el mapa o sus dibujos del troll. Seguramente los dibujos del troll. Los trolls casi nunca bajaban a la llanura. Podría tardar años en ver a otro.

El sol se puso y la luna se alzó, redonda y brillante. Rodearon la huella hasta llegar a un terreno cubierto de raíces de árbol enredadas. Twig saltó a la mochila de Hilda, que subió por la ladera del cráter agarrándose a las raíces hasta llegar de nuevo a tierra firme. Aguzó el oído en busca del tintineo de una campana, pero lo único que oyó fueron los resoplidos de los woffs y el suave murmullo del río.

—El troll se ha ido —anunció—. Vamos, Twig, volvamos a casa.

Rodearon el bosque de pinos azules y luego giraron hacia el oeste y atravesaron el campo. Hilda veía su casa a lo lejos, una pequeña cabaña roja al pie del monte Pompón. Hogar, dulce hogar.

Dejaron atrás el estanque con peces en el que Hilda se bañaba en verano y el árbol hueco, que era ideal para esconderse. La luz naranja que brillaba en las ventanas de su casa le indicó que su madre ya había encendido la chimenea. Pronto la comida estaría en la mesa. Seguramente un guiso caliente y un gran tazón de bayas de serbal.

Din, don, din, don.

A Hilda se le heló la sangre. Se volvió.

El troll surgió de la sombra del árbol hueco. Sus ojos brillaban a la luz de la luna. Torció la boca en una horrible mueca y extendió las garras hacia la

niña.

—Encantada de haberte conocido, Twig —susurró Hilda.

El troll agitó sus brazos rechonchos y soltó un largo rugido que sonó un poco raro. Fue más un gemido que un rugido.

—¿Lo has oído? —murmuró Hilda—. Creo que está en apuros.

Tenía razón. El monstruo tenía los ojos vidriosos. Retorcía la boca de dolor. Intentaba alcanzar la campana que le colgaba de la nariz con los brazos rechonchos.

Hilda dio un paso adelante.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Te molesta el ruido de la campana? ¿No puedes quitártela? No te preocupes, señor Troll, yo lo solucionaré.

Hilda no hizo caso de los gritos de advertencia de Twig, corrió hacia el troll y trepó por él. Era blando como el barro y tenía un curioso olor a pan rancio. Al momento estaba encaramada en el extremo de la nariz de la criatura, desenganchando la campana.

—Ya está —dijo lanzándola al suelo—. Ya no volverá a molestarte.

Pero mientras Hilda bajaba por el brazo del troll y pasaba por su mano en forma de jamón, este la cerró. Sus enormes dedos la rodearon y la elevaron hacia la boca abierta.

—¡No! —gimió Hilda—. ¡No lo hagas! ¡Estaba ayudándote! ¡Me has dado pena! ¡Detente! ¡No!

Los afilados dientes del troll brillaron a la luz de la luna. Sacó la lengua y su mal aliento envolvió a la niña.

—¡AAAAAAH! —gritó Hilda cerrando los ojos.

No pasó nada.

La niña volvió a abrirlos. En la punta de la lengua del troll había algo que reconoció.

—¡Mi cuaderno! —exclamó Hilda cogiéndolo con las dos manos—. Eres una criatura maravillosa, sí, maravillosa. ¡Muchas gracias! Te daría un beso

si no te oliera tan mal el aliento.

Él soltó un suspiro que pareció un eructo y la bajó al suelo.

—¡Gracias de nuevo! —le gritó Hilda mientras el monstruo cruzaba pesadamente el campo a la luz de la luna.

3



—¡Hola, mamá! ¡Ya estoy en casa! —Hilda abrió la puerta de golpe y saludó a su madre mientras se quitaba las botas de goma rojas.

La casa estaba calentita, como siempre, y un sublime aroma a jengibre, nuez moscada y comino flotó hasta ella.

—¡Hilda! —Su madre se levantó del escritorio—. Llegas muy tarde. ¿Qué tal te ha ido el día?

—En general bastante accidentado. —La niña suspiró y le dio un abrazo—. Pero así es la vida de una aventurera.

—La comida está lista —le dijo su madre. Entró en la cocina y volvió con dos humeantes cuencos de estofado—. ¿Me has dibujado algo bonito hoy?

Hilda se inclinó sobre el cuenco y sorbió el estofado.

—He dibujado un mapa del valle.

—¿Puedo verlo? —Su madre cogió el cuaderno—. ¡Puaj! Está húmedo y pegajoso, Hilda. ¿Qué has hecho con él?

Hilda volvió a inclinarse hacia el cuenco y fingió no haber oído la pregunta.

Su madre abrió el cuaderno y buscó el mapa.

—El monte Pompón —se rio entre dientes—. Sí, supongo que parece un gorro con un pequeño pompón en la punta. Buen trabajo, Hilda.

Desde algún punto junto al fuego llegó una voz triste:

—Las montañas ya tienen nombre, ¿sabes? Podrías tomarte la molestia de buscarlos.

Hilda dio un bote y estiró el cuello para ver quién había hablado. Junto al fuego había un hombrecillo de madera con la cabeza en forma de coco y grandes ojos tristes.

—¡Oh! —exclamó Hilda—. ¿Quién le ha dejado entrar?

—Es inofensivo —le contestó su madre—. Aunque la verdad es que ni siquiera sabía que estaba aquí.

—Por eso lo digo. —Hilda levantó los brazos, enfadada—. Siempre anda por aquí sin que nadie lo haya invitado. ¡Es un maleducado!

—Quizá se siente solo.

—Claro que se siente solo. Es un bicho raro.

—Sí, es un poco raro. —Su madre levantó el cuenco y sorbió el estofado que le quedaba—. Pero recuerda que nosotras debemos de parecerles raras a las criaturas mágicas que viven en este valle. ¿Quieres unas bayas de serbal?

—Sí, gracias.

—Además —añadió su madre—, el Hombre de Madera siempre nos trae leña para la chimenea. Eso no es ser maleducado, es ser amable. Y como

siempre digo, ser amable es lo más importan... HILDA, ¿QUÉ ES ESTO?



Su madre había pasado una página del cuaderno y miraba fijamente los dibujos de la roca troll que había hecho Hilda.

—Es una roca troll —le contestó su hija—. Era la primera vez que veía una. Y claro, no he podido resistirme a dibujar unos cuantos bocetos.

—¿UNOS CUANTOS? ¿QUIERES DECIR QUE HAY MÁS? —Su madre pasó otra página, y otra, y otra más. Se enfadó tanto que le temblaban las fosas nasales—. HILDA, ¿SE PUEDE SABER CÓMO HAS PODIDO DIBUJAR LOS OJOS DESDE TAN CERCA?

—No lo sé. Quizá me subí a la nariz para dibujarlos.

—¿TE HAS SUBIDO A LA NARIZ DE UN TROLL? ¿Y SI SE HUBIERA PUESTO EL SOL MIENTRAS ESTABAS DIBUJANDO? ¿Y SI HUBIERA PASADO UN NUBARRÓN?

Hilda abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. A veces el silencio era la mejor respuesta.

—YA TE DIRÉ YO LO QUE HABRÍA PASADO, JOVENCITA. SI ESE TROLL SE HUBIERA DESPERTADO, TE HABRÍA DEVORADO DE UN SOLO MORDISCO, ASÍ. —Su madre inclinó la cabeza hacia atrás y dejó caer una baya de serbal por su garganta—. ÑAM, ÑAM, QUÉ RICA, LA NIÑA MÁS SABROSA QUE ME HE COMIDO ESTE AÑO. ÑAM, ÑAM, ÑAM, ÑAM...

Toc, toc.

—¡Voy yo! —dijo Hilda.

Corrió hasta la puerta y la abrió. En el umbral había un sobre diminuto.

—Oh, no —se lamentó Hilda—. Es el sexto esta semana.

Cogió una lupa del cajón del escritorio de su madre y desdobló la carta.

—«A los inquilinos de esta casa —leyó en voz alta—: En nombre de los habitantes invisibles de los Condados Élficos del Norte, les pedimos que desalojen este edificio inmediatamente. Si no atienden esta demanda, se pondrá en marcha un procedimiento de desalojo forzoso que culminará con la demolición de dicho edificio». —Hilda frunció el ceño—. ¿Qué significa «demolición», mamá?

—Significa derribar un edificio —le contestó su madre—. Lo que dicen es que si no nos vamos, nos echarán y destrozarán nuestra casa.

—¡Ja! —exclamó Hilda—. Que se atrevan a intentarlo.

—Esa es la actitud —le dijo su madre, pero su expresión parecía preocupada.

Esa noche se sentaron en el sofá, frente a la chimenea. Tostaron nubes de azúcar y jugaron al juego de mesa favorito de Hilda, el Dragon Panic. Twig dormitaba en la alfombra, a los pies de Hilda.

¡CRAC!

Una piedra atravesó el cristal de la ventana, rebotó en la cabeza de Twig y aterrizó en la alfombra. El zorro ciervo levantó la cabeza y parpadeó sorprendido.

Hilda corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡EH, TÚ, QUIEN SEAS! —gritó con todas sus fuerzas—. ¿CREES QUE TIENE GRACIA TIRAR PIEDRAS A LAS VENTANAS DE LOS DEMÁS? PUES NO TIENE GRACIA. ES SER MUY MALEDUCADO. ¡VETE, PIENSA EN LO QUE HAS HECHO Y LUEGO VE A TROLBERG EN TREN Y CÓMPRANOS UN CRISTAL NUEVO!

El viento rugía. Llovía torrencialmente. Hilda cerró la puerta y volvió al sofá.

¡CRAC! ¡PLAS! ¡BUM!

Decenas de piedras atravesaron los cristales de las ventanas y cayeron sobre ellas como granizo.

—¡Ponte a cubierto! —le ordenó su madre.

4



Hilda se deslizó debajo de un sillón. Su madre se metió debajo del sofá. Twig saltó a la mesita y se quedó en medio del tablero de Dragon Panic gruñendo y rugiendo.

—¡Atención, habitantes de la casa! —gritó una voz muy seria—. Tras haberles advertido adecuadamente y haberles dado la oportunidad de cooperar, en nombre de los habitantes invisibles de los Condados Élficos del Norte, procederemos al desalojo forzoso del edificio.

—Oh, no —susurró Hilda—. Ahora viene cuando nos echan y destrozan nuestra casa, ¿verdad?

Hilda miró las ventanas con los cristales rotos y le llamó la atención un jarrón con flores que había en un alféizar. A través del jarrón vislumbró la

sombra de una persona diminuta con un diminuto sombrero.



—¡Mira aquella sombra! —indicó.

Pero antes de que su madre viera nada, el jarrón se tambaleó y empezó a caerse.

—¡Mi jarrón favorito! —Su madre se lamentó.

La bolsa casi llena de nubes de azúcar cayó de la mesita y fue a parar al fuego.

—¡Hey! —chilló Hilda—. ¡Nos las estábamos comiendo!

Pero los invasores invisibles no hicieron caso de las protestas y empezaron a destrozár cuadros, adornos, platos y cuencos. Rompieron libros, tiraron juegos de mesa de los estantes y arrancaron el televisor.

Luego dirigieron su atención a Hilda y a su madre.

—¡Ah! —exclamó Hilda—. ¡Están encima de mí! ¡Los siento como hormigas!

—¡Corre! —le gritó su madre.

Su madre tenía razón. Lo más sensato era salir de la casa y correr hacia las montañas sin mirar atrás.

Cuando Hilda salió de debajo del sillón y echó a correr hacia la puerta, las criaturas invisibles soltaron un grito de victoria.

Hilda se detuvo y se volvió.

—¿EN SERIO? —bramó—. CREÉIS QUE HABÉIS GANADO, ¿VERDAD? ¡OS VAIS A ENTERAR!

Corrió hacia el armario de las escobas y sacó una enorme.

—¡ESCUCHADME, RENACUAJOS PELEONES! —gritó—. ¡EN NOMBRE DE LOS HUMANOS DE MI CASA, PROCEDERÉ AHORA MISMO A VUESTRO DESALOJO FORZOSO DE ESTE EDIFICIO!

Hilda, ciega de rabia, corrió por el comedor y por la cocina agitando la escoba. El aire se llenó de nubes de polvo y de gritos de pánico. ¡Oh! ¡Ah! ¡Ay! ¡Huy!

—¡Fuera! —chilló Hilda agitando la escoba más deprisa y con más fuerza—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —Barrió a las criaturas invisibles hasta sacarlas por la puerta—. ¡Y NO VOLVÁIS A ENTRAR! —gritó dando un portazo.

Hilda volvió al comedor respirando con dificultad. Su madre estaba de pie junto a la mesa mirándola con la boca abierta.

—Ha sido increíble —comentó su madre—. Hasta me ha dado un poco de miedo.

Hilda sintió que le temblaban las piernas.

—Necesito sentarme —murmuró.

Su madre le llevó una silla.

—Prepararé chocolate caliente —le dijo.

—Si vas a preparar chocolate, yo también tomaré una taza —dijo una voz triste.

Hilda se volvió hacia la voz. En un rincón del comedor estaba el Hombre de Madera con la nariz pegada a un libro sobre gigantes.

—¡Tú! —gritó Hilda—. ¿Aún estás aquí?

—Intentaba leer —le contestó el Hombre de Madera—, pero hacíais demasiado ruido.

—Podrías habernos ayudado —le reprochó Hilda—. Al fin y al cabo, ya eres como de la familia.

—No, no lo soy —le replicó el Hombre de Madera volviendo a acercar la nariz al libro.

Mientras Hilda y el Hombre de Madera se bebían el chocolate caliente, la madre de la niña barrió los cristales rotos.

—No podemos quedarnos aquí —dijo la madre—. No si van a seguir pasando estas cosas. Tendremos que trasladarnos.

Hilda frunció el ceño.

—Pero no hay más casas en el valle.

—Pensaba en Trolberg.

—¡No! —gritó Hilda—. Siempre hemos vivido en el campo. Me encanta vivir aquí.

—No podemos quedarnos si nos atacan, Hilda.

—Ya, pero...

—Pero nada. —Su madre la interrumpió—. Termínate el chocolate y vete a la cama, Hilda. Ya hablaremos mañana.

Hilda dejó su taza, cogió un lápiz roto y arrancó una página de su cuaderno.

QUERIDAS CRIATURAS INVISIBLES QUE
DESTROZASTEIS NUESTRA CASA:
¿POR QUÉ SOIS TAN MALAS CONMIGO Y CON
MI MADRE?
DECÍDMELO, POR FAVOR, PARA QUE PUEDA
SOLUCIONARLO Y PODAMOS VIVIR TODOS
EN PAZ.

HILDA

Metió la nota en un sobre, lo dejó en el umbral y subió a la cama.

«Las aventureras no lloran», se dijo Hilda acurrucándose debajo de las mantas. Pero era duro ser aventurera todo el tiempo. A veces necesitaba descansar unos minutos.

5



—¡PSSS! ¡Hilda!

La niña se despertó sobresaltada y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy una de las criaturas que han destrozado vuestra casa.

A Hilda le dio un vuelco el corazón. Saltó de la cama y levantó la almohada por encima de la cabeza.

—¡Fuera! —gritó.

—No la he destrozado yo personalmente —le explicó la vocecita—. Soy más escritor que guerrero.

—¿Has leído mi nota?

—Sí. Quiero que seamos amigos.

Se preguntó si estaba soñando. La vocecita parecía proceder directamente de su cabeza. Se metió un dedo en el oído y lo agitó.

—¡Cuidado con ese dedo! —le gritó la vocecita—. Estoy sentado en tu oreja. Si vas a tu escritorio, encontrarás todos los formularios pertinentes.

—¿Qué formularios?

—Los formularios que te permitirán verme.

Hilda miró su escritorio desordenado: cuadernos, lápices, lápices de colores, cinta adhesiva, gomas con forma de monstruo y, justo en el borde, una diminuta pila de papeles.

—Ya los he rellenado —le informó la vocecita—. Solo tienes que firmar en la primera página.

Hilda sacó punta a un lápiz y firmó en la línea de puntos.

—Bien —le dijo la voz—. Ahora vuestra casa es oficialmente mía.

—¿QUÉ?

—Es broma —le aclaró la voz—. Pero nunca debes firmar nada sin haberlo leído antes, ¿sabes? Por suerte para ti, soy un elfo sumamente honesto. Ah, y ya puedes verme, por cierto.

Hilda se acercó al espejo y miró su oreja derecha. Un diminuto elfo con un sombrero rojo puntiagudo y zapatos también puntiagudos estaba sentado en el lóbulo.

—Me llamo Alfur —le dijo el elfo sonriendo.

—Ya veo —le contestó Hilda con una dulce sonrisa—. Pues ahora que somos amigos, Alfur, podrías hacer algo por mí.

—¿El qué?

—VE A DECIR A LOS TUYOS QUE DEJEN DE ENVIARNOS CARTAS HORRIBLES, DE TIRARNOS PIEDRAS A LOS CRISTALES, DE ROMPERNOS LOS JARRONES, DE DESTROZARNOS LOS LIBROS, DE QUEMARNOS LAS NUBES DE AZÚCAR, DE DOMALER... DAMOLER... DISMOLER... COMO SE DIGA...

TODAS NUESTRAS COSAS Y DE ESTROPEAR NUESTRO JUEGO DE DRAGON PANIC, QUE POR CIERTO HABRÍA GANADO SI NO HUBIERAIS TIRADO LAS PIEZAS AL SUELO.

—Perdón —se disculpó Alfur—. Pero es complicado, ya sabes.

—No, no es complicado.

—Sí que lo es —insistió el elfo—. Mira por la ventana.

Hilda se acercó a la ventana, abrió las cortinas y observó el paisaje a la luz de la luna. Lo que vio le revolvió el estómago: el campo estaba lleno de casas diminutas hasta donde le alcanzaba la vista.

—¡No es posible! —exclamó Hilda.

Bajó la escalera corriendo, saltando los escalones de tres en tres, y salió de la casa sin detenerse siquiera a ponerse las botas.

Las casas de los elfos estaban colocadas en grupos, algunas en la hierba y otras en las rocas. Junto al árbol hueco había un pueblo, y otro a orillas del estanque con peces. El pueblo más grande estaba delante de la casa de Hilda.

Twig salió de la vivienda detrás de ella, moviendo la cola. Como el zorro ciervo no veía las casas de los elfos, debía de preguntarse a qué venía todo aquel alboroto.

—Es increíble. —Hilda se arrodilló para observar de cerca los diminutos tejados, las chimeneas, las puertas y las ventanas—. Son como casas de muñecas.

—No se parecen en nada a las casas de muñecas —resopló Alfur.



Hilda vio que una pata trasera de Twig atravesaba el tejado de una casa de los elfos sin romperla.

—Increíble —repitió.

Casi todas las ventanas estaban a oscuras, pero en una se veía luz.

Hilda levantó la casa y miró por la ventana. Un elfo que estaba cómodamente sentado en un sillón bebiéndose una taza de té vio en la ventana el gigantesco ojo de Hilda. Escupió el té por todo el comedor y se cayó del sillón.

—No hagas eso —le dijo Alfur—. Si te comportas así, no vas a ganarte el cariño de los elfos.

—¿Y cómo os comportáis los elfos? —le preguntó Hilda alzando la voz y volviendo a dejar la casita en la hierba con un movimiento brusco—. ¿Las nubes de azúcar? ¿Los jarrones? ¿La tele? ¿O ya lo has olvidado?

—Es cosa de nuestro nuevo primer ministro —le explicó Alfur—. Prometió librarnos de vosotros si lo votábamos, y lo votamos, así que... bueno... ya sabes...

—¡No es justo! —le gritó Hilda—. Mi bisabuelo construyó esta cabaña hace cien años. ¡TENEMOS TANTO DERECHO A VIVIR AQUÍ COMO VOSOTROS!

—¡No me grites! —le respondió Alfur, también a gritos—. ¡Estoy de acuerdo contigo!

—Llévame a ver al primer ministro —le ordenó Hilda—. Tengo que solucionar esto inmediatamente, antes de que mi madre decida que nos traslademos a Trolberg.

Alfur se rio incrédulo.

—No puedo conseguir que te reúnas con el primer ministro elfo. No sabría cómo hacerlo. Soy un don nadie.

Hilda se quedó un rato pensando.

—¿Y con el gobernante de este pueblo? —le preguntó señalando las casas más cercanas.

—¿El alcalde? —Alfur lo pensó un momento—. Supongo que podría llevarte a ver al alcalde.

—Bien —le dijo ella—. Vamos ahora mismo.

—Sí, vamos —le respondió Alfur—. Al fin y al cabo, a los alcaldes elfos les encanta que les despierten niñas gigantes de pelo azul en plena noche. Lo digo con ironía, por si no te habías dado cuenta.

—Vale —convino Hilda—. Entonces mañana.

—Entonces mañana —repitió Alfur.

El elfo bajó de la oreja de la niña y desapareció entre la hierba.

Ella se sentó en el umbral con la cabeza entre las manos. Siempre le había encantado vivir en el campo, sin más casas en kilómetros a la redonda. Le había impresionado descubrir que en el valle había no solo

otras casas, sino también varios pueblos a un tiro de piedra de donde ellos vivían.

El reloj de su abuelo, que estaba en el pasillo, dio las doce de la noche. Hilda se estremeció. La noche era fría, y tenía los calcetines mojados. Estaba a punto de levantarse y entrar en la casa cuando una sombra atravesó la luz de la luna.

Levantó la mirada y se quedó sin aliento.

Una figura colosal se alzaba ante ella. Era más grande que su casa, más grande que el árbol hueco, incluso más grande que el monte Pompón. Era tan gigantesca que Hilda se mareó solo con mirarla.

La figura oscura la observó desde arriba. Sus ojos eran como dos estrellas tristes brillando en el cielo nocturno.

—Mamá —graznó Hilda—. Ven a ver esto.

Intentaba gritar, pero no le salía la voz, y cuando volvieron a funcionarle las cuerdas vocales, el gigante se había marchado.

«Oh, no —pensó Hilda entrando en la casa—. A mi madre no va a gustarle nada todo esto».

6



A la mañana siguiente, Hilda hablaba sin parar mientras untaba mantequilla de cacahuete en el pan.

—Mamá, ayer vi algo muy raro. En realidad, no solo lo vi... Me caí dentro. Una huella enorme en el suelo, junto al río. Al principio pensé que era la huella de un gigante del bosque, pero luego me di cuenta de que era diez veces más grande que las huellas de los gigantes del bosque. Quizá veinte veces más grande.

—Ya te has puesto más que suficiente mantequilla de cacahuete, Hilda —le dijo su madre.

—Pensé: «No, es imposible, no hay gigantes tan grandes», pero ¿sabes qué? Lo vi anoche, justo después de despedirme de Alfur.

—Demasiada mantequilla de cacahuete —insistió su madre—. Quita un poco.

—¿Te he hablado de Alfur? Creo que no. Es un enanito. Está ayudándome a solucionar nuestro problema con los elfos.

Su madre asintió.

—No me extraña que hayas tenido sueños raros, con todo lo que está pasando.

—No ha sido un sueño, mamá. ¡Ha sido real!

—Menos hablar y más comer, por favor.

Hilda suspiró y dio un mordisco al pan.

Después de desayunar, Hilda preparó su mochila de aventuras y se dispuso a salir.

—Tu madre no es muy inteligente, ¿verdad? —le dijo una voz al oído.

—Sí, sí lo es —replicó Hilda—. Mi madre es diseñadora gráfica. Tiene cientos de ideas geniales de diseño. Envases... revistas... muchas cosas. No podría trabajar como diseñadora si no fuera ENORMEMENTE inteligente. Y, al fin y al cabo, quizá mi madre tenga razón. Quizá lo de anoche fue un sueño.

—Creo que no —repuso Alfur—. Echa un vistazo.

Hilda abrió la puerta. Las casas de los elfos seguían allí, un bonito mosaico de tejados rojos y amarillos.

—El alcalde está esperándote —le informó—. Gira un poco a la izquierda y da doce pasos adelante.

Hilda y Twig avanzaron entre las casas con mucho cuidado para no pisarlas.

—Bien —le dijo el elfo—. Ahora agáchate y verás un enorme edificio encima de una roca plana. Es el ayuntamiento.

Hilda se arrodilló.

—No veo ningún edificio enorme. Veo un edificio diminuto que es un poquito más grande que los demás.

—¡Chis! —Alfur la mandó callar—. El alcalde va a oírte.

Hilda miró la escalera del ayuntamiento. En el primer escalón vio a un elfo con expresión enfadada, las mejillas rechonchas y un sombrero de copa negro.

Alfur saltó de la oreja de Hilda y se deslizó por una columna de mármol hasta el primer escalón de la casa consistorial.

—Honorable alcalde —dijo haciendo una enorme reverencia—, es para mí un gran placer presentarle a...

—Ya sé quién es —lo interrumpió el alcalde—. ¡Es la giganta! ¡La amenaza! Y estamos hartos de que ocupen cruelmente nuestro histórico pueblo, ¿verdad, Angelina? Sí, estamos hartos. Oh, sí, muy hartos.

Hilda se preguntó quién era Angelina. Entonces vio que el alcalde tenía en brazos una gata marrón muy gorda. El animal intentaba saltar de los brazos del alcalde, pero cuanto más se revolvía, más fuerte la sujetaba él.

—No soy una amenaza —le dijo Hilda—. Hasta hace poco ni siquiera sabía que existíais.

—Pura ignorancia —le replicó.

—Sois INVISIBLES —le gritó Hilda.

—No grites —le ordenó el alcalde—. Angelina está embarazada y no quiero que se asuste, ¿verdad, Angelina? No, no quiero. Eres mi tesoro. Alfur, tráeme la cesta de Angelina, por favor. Parece que no se encuentra muy bien.





—Por supuesto, señor alcalde.

Corrió a buscar la cesta.

Hilda volvió a intentar razonar con el alcalde.

—¿Por qué quieres desalojarnos? —le preguntó—. ¿Por qué no podemos vivir juntos y en paz?

Él la fulminó con la mirada.

—No tiene sentido seguir hablando de este tema —afirmó—. Ya hemos hecho planes para desalojaros. Hemos enviado cartas. Hemos rellenado formularios.

—¡Pues haced nuevos formularios! —bramó la niña inclinándose tanto hacia delante que su pelo cubrió los escalones del ayuntamiento—. Haced nuevos formularios que digan que no tenemos que marcharnos.

—¡NO ES TAN SENCILLO! —El alcalde dejó a su gata en el suelo y levantó el puño hacia ella—. ¡NO PUEDO HACER NUEVOS FORMULARIOS SOLO PORQUE ME APETEZCA!

—Pero eres el alcalde...

—¡EXACTO! —Las mejillas del alcalde temblaron mientras intentaba controlar su furia—. Solo soy el alcalde, y el primer ministro es el primer ministro, y la idea del desalojo fue suya, no mía. No está en mis manos —añadió observando sus gruesos brazos—, no puedo hacer nada.

Hilda frunció el ceño.

—Entonces hablaré con el primer ministro —le dijo—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—No te lo voy a decir —le contestó el alcalde—. Es información clasificada.

Ella se incorporó.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

Alfur salió del ayuntamiento con una pequeña cesta para gatos en las manos.

—¿Dónde está Angelina? —preguntó.

El alcalde miró hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Se giró, silbó, arrulló y lanzó ridículos besos al aire. Al final miró a Hilda con expresión acusadora.

—¿Dónde está mi gatita? —insistió.

—No se lo voy a decir —le contestó Hilda en tono amable—. Es información clasificada.

—¡DÍMELO! —le exigió a gritos el alcalde.

—De acuerdo —respondió la niña—. Está en mi pelo. Ha saltado a mi pelo mientras usted se negaba a decirme dónde puedo encontrar al primer ministro.

—¡DEVUÉLVEMELA!

—No sé —le dijo—. Parece una gata muy bonita y tranquila. Quizá la deje vivir en mi pelo para siempre.

—¡POR FAVOR! —El alcalde se arrodilló y se le cayó el sombrero de copa, que dejó al descubierto una diminuta cabeza calva—. ¡TE LO SUPLICO!

Hilda se cruzó de brazos.

—¿Dónde puedo encontrar al primer ministro?

El alcalde negó con la cabeza.

—¡NUNCA TE LO DIRÉ! —sollozó—. ¿ME OYES, NIÑA GIGANTE? JAMÁS DE LOS JAMASES... Bueno, vale, te lo diré. La oficina central del primer ministro está en las cuevas del Destino, detrás de la Gran Cascada.

—Gracias —le dijo Hilda—. No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Se llevó la mano al pelo, cogió con cuidado a la gata, que por alguna razón ahora parecía más delgada, y la dejó en la cesta—. Adiós, señor alcalde.

Se dio media vuelta y empezó a alejarse.

—¡Espérame! —Alfur bajó corriendo la escalera del ayuntamiento y saltó al jersey de Hilda—. Permíteme que te diga que nunca había visto nada tan cruel —resopló—. Eres una abusona, eso es lo que eres.

A la niña le dolieron las palabras de Alfur. Nunca nadie la había llamado cruel. Ni abusona.

—No, no es verdad —replicó—. Solo lo he hecho porque...

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo, ¿VALE? Nací aquí. Siempre he vivido en este valle. ¡Prefiero morirme antes que trasladarme a Trolberg!

El elfo subió al hombro de Hilda, saltó al lóbulo de la oreja y trepó hasta la parte superior.

—Me alegro de oírlo —murmuró—, porque, por lo que me han dicho sobre las cuevas del Destino, eso es exactamente lo que va a pasarte.

7



Tras haberse tomado una taza de té para relajarse, Hilda salió con Alfur en busca de las Cuevas del Destino. Pasaron junto al árbol hueco y el estanque con peces y luego cruzaron el campo en dirección al río.

—¿Qué sabes sobre las cuevas del Destino? —preguntó Hilda al elfo.

—Digamos que es muy difícil llegar a ellas —le contestó este—. No sabía que la oficina central del primer ministro estaba allí, pero no me sorprende. Dicen que es el lugar más seguro de los Condados Élficos del Norte.

Cruzaron el río por las piedras y se dirigieron hacia el sudeste rodeando el bosque de pinos azules. Twig correteaba entre los árboles.

—Cuando yo era pequeño, mi abuela solía recitarme una poesía sobre las cuevas del Destino —le contó Alfur—. Por cierto, sé que sigo siendo pequeño, así que no te molestes en decírmelo.

—¿Recuerdas la poesía?

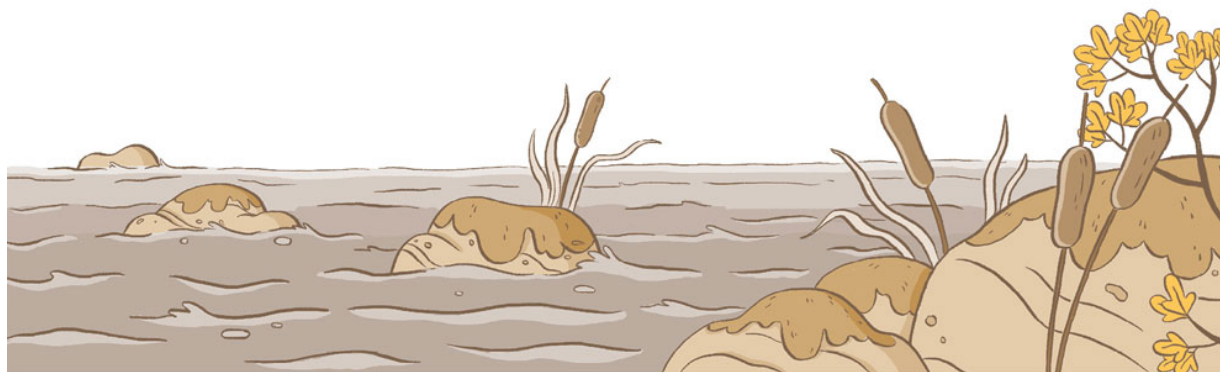
Alfur bajó la voz hasta convertirla en un tenebroso susurro y empezó a recitar:

¿A las cuevas del Destino quieres llegar?
A tres terribles pruebas te tendrás que enfrentar.
La prueba de valentía, la prueba de habilidad
y la prueba de inteligencia excepcional.
¿Qué pasa si una prueba no superas?
¡Prepárate para la muerte segura que te espera!

—Parece que tu abuela era muy divertida —le susurró Hilda.

—Era una mujer maravillosa —le contestó Alfur—. Gira a la izquierda.

Un sinuoso sendero entre los árboles llevaba a una empinada ladera. Ramas de pino azul lo atravesaban, así que Hilda tenía que apartar las ramas con las dos manos. Avanzó entre telarañas, que se le pegaban a la cara y la obligaban a hacer muecas de disgusto.



Como Hilda nunca había estado en la Gran Cascada, empezó a ponerse nerviosa.

—Alfur —murmuró—, lo que has dicho de las pruebas... ¿Estás seguro de que no hay una prueba de dibujar rocas? ¿O de tostar pan? ¿O de estrategia del Dragon Panic?

—Mi abuela nunca mencionó nada de eso —le respondió él—. Pero nunca se sabe —añadió amablemente.

Cuando salieron del bosque y llegaron a una ladera azotada por el viento, algo pequeño y peludo voló por los aires, se estrelló contra Hilda y la tiró al suelo.

La niña se sentó y miró a su alrededor para ver qué la había golpeado. A su lado, tumbado en el suelo, vio a un conejo de color castaño y con grandes ojos aturdidos.

—Oh, mira —dijo—. Es un precioso conejito.

—No es solo un conejo —repuso Alfur.

—Hola, conejito —saludó Hilda—. ¿Estás bien?

—No es solo un conejo —repitió Alfur.

—Te has dado un buen golpe, ¿verdad, conejito? Déjame que te ayude a levantarte.

—No es solo un conejo —insistió Alfur.

—¿Y cómo lo llamarías? —le preguntó Hilda.

—Lo llamaría Bestia de la Brigada Ligera —le contestó Alfur—. ¿Puedo sugerirte que vuelvas la cabeza hacia la izquierda?

Hilda miró hacia la izquierda, hacia la ladera de la montaña, y soltó un grito de sorpresa.

Una caballería de conejos bajaba en dirección a ella. Avanzaban al galope, entre un ruido atronador, rugiendo y levantando terrones de tierra y musgo. En algunos conejos iban montados elfos con armadura completa.

—La Brigada Ligera es la caballería personal del primer ministro —le explicó Alfur—. Luchan montados en animales salvajes.

—¡Atención! —bramó el comandante elfo al frente de la brigada—. ¡Preparados para las maniobras de ataque a la niña gigante!

Hilda observó que muchos elfos hacían girar hondas por encima de sus cabezas.

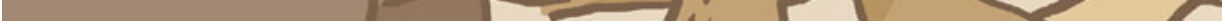
—¡Fuego a discreción! —ordenó el comandante de la caballería.

Una piedrecita pasó silbando junto a la cabeza de Hilda, y luego otra, y otra más.

—Creo que es un buen momento para echar a correr —le sugirió Alfur.

Hilda apretó los dientes.





—No voy a echar a correr —le contestó—. Voy a ir a las cuevas del Destino. Voy a salvar mi casa, aunque sea lo último que haga.

—Lo será —murmuró él.

Hilda se agachó y levantó un brazo para protegerse la cara. Volaban piedras por su derecha, por su izquierda y por detrás.

La primera línea de conejos estaba casi encima de ella. Hilda se tiró al suelo y rodó para evitar sus tremendas garras, pero el resto de la caballería cargó directamente contra ella y la dejó sin aliento. Lo siguiente de lo que fue consciente fue de que estaba rodeada por todas partes y de que los conejos con dientes saltones la embestían y la golpeaban. Había cientos de conejos.

—¡Dejadme en paz! —gritó Hilda—. ¡Largaos!

De un arbusto cercano saltó algo peludo de color blanco. Aterrizó en medio de la pelea gruñendo y rugiendo violentamente.

—¡Twig! —chilló Hilda.

Seiscientos conejos no eran rival para un zorro ciervo salvaje. Se dispersaron aterrorizados y, con las prisas por alejarse de aquellos dientes afilados y de aquellos cuernos puntiagudos, derribaron a los jinetes.

—¡Retirada! —ordenó el comandante elfo cayendo de culo en la hierba—. ¡Preparados para las maniobras de retirada de la niña gigante!

Los conejos galoparon montaña abajo. Los jinetes elfos, consternados, huyeron tras ellos. La Brigada Ligera desapareció entre los árboles tan repentinamente como había llegado.

—¡Gracias, Twig! —exclamó Hilda—. ¡Eres el amigo más valiente y leal que un aventurero podría desear!

—Tú también has sido muy valiente —le susurró Alfur—. De hecho, creo que acabas de superar la prueba de valentía.

8



Hilda, Alfur y Twig subieron por el sinuoso camino que llevaba a las cuevas del Destino. El camino llegó a su fin en una meseta rocosa junto a una cascada. Miles de litros de agua caían a un fiordo.

—¿Por dónde seguimos ahora? —preguntó Hilda.

—El camino sigue por ahí delante —le contestó Alfur—. Mira, pasa por la pared rocosa y por detrás de la cascada.

Hilda vio una estrecha cornisa, de poco más de unos centímetros de ancho.

—Esto no es un camino —replicó la niña.

—Es un camino para elfos —le explicó él—. Yo podría pasar sin problemas.

—Porque tus zapatos son cien veces más pequeños que los míos —le dijo Hilda—. En serio, Alfur, ¿cómo voy a pasar por esa cornisa?

—Al menos lo hemos intentado —le comentó el elfo—. Si volvemos ahora, llegaremos a casa a tiempo para comer.

—No voy a volver atrás —le contestó Hilda—. Voy a ver al primer ministro elfo.

—VAAALE —le dijo Alfur—. En ese caso, ¿puedes bajarme? Mejor que no esté en tu oreja cuando resbales de la cornisa y caigas mil metros elfos hasta las rocas de abajo.

—Muy bien. —Hilda se llevó la mano a la oreja y bajó al elfo al suelo—. Yo iré delante y tú me seguirás, Alfur. Twig, tú quédate aquí y vigila.

Dejó en el suelo su mochila de aventuras y se quitó las botas y los calcetines. Respiró hondo y avanzó hasta el extremo de la meseta, donde empezaba la estrecha cornisa. Sentía la roca fría y resbaladiza bajo los pies, desgastada por el agua que llevaba siglos cayendo. Se puso de puntillas, pegó el cuerpo a la fría pared rocosa y empezó a avanzar de lado, intentando no mirar abajo.

Twig la siguió levantando una tras otra sus ágiles pezuñas y colocándolas con cuidado en la estrecha y resbaladiza cornisa. Desde que Hilda conocía a Twig, el zorro ciervo nunca la había obedecido cuando le había ordenado que se quedara en un sitio. Al fin y al cabo, era su amigo, no su mascota.

Alfur avanzó en última posición negando con la cabeza.

—¡Vas a resbalar! —le advirtió a voces.

—No —le respondió Hilda.

—¡Sí! —bramó Alfur.

—No —insistió Hilda apretando los dientes—. No voy a resbalar, no voy a tropezar y no voy a caerme. ¡Toma ya!

Al decirlo, movió la cabeza, muy segura de sí misma... y se cayó de la cornisa.

Alfur gritó. Twig ladró. Hilda arañó con impotencia la roca desgastada. Mientras se deslizaba por la escarpada pared rocosa, extendió desesperadamente un brazo hacia la meseta y consiguió agarrarse a un matojo de hierba del escorbuto.

El peso de Hilda hizo que las raíces de la planta gimieran y se desgarraran. Con las piernas agitándose en el aire, extendió la mano, se agarró al borde de la meseta con las yemas de los dedos y se arrastró temblando hasta la superficie de la roca.

Twig y Alfur retrocedieron por la cornisa y corrieron hasta Hilda. El zorro ciervo la acarició cariñosamente con los cuernos. Alfur frunció el ceño, como diciéndole: «Te lo he dicho».

Hilda se sentó en la meseta y observó el agua cayendo en picado.

—Es imposible —dijo sin aliento—. La cornisa resbala como un cristal.

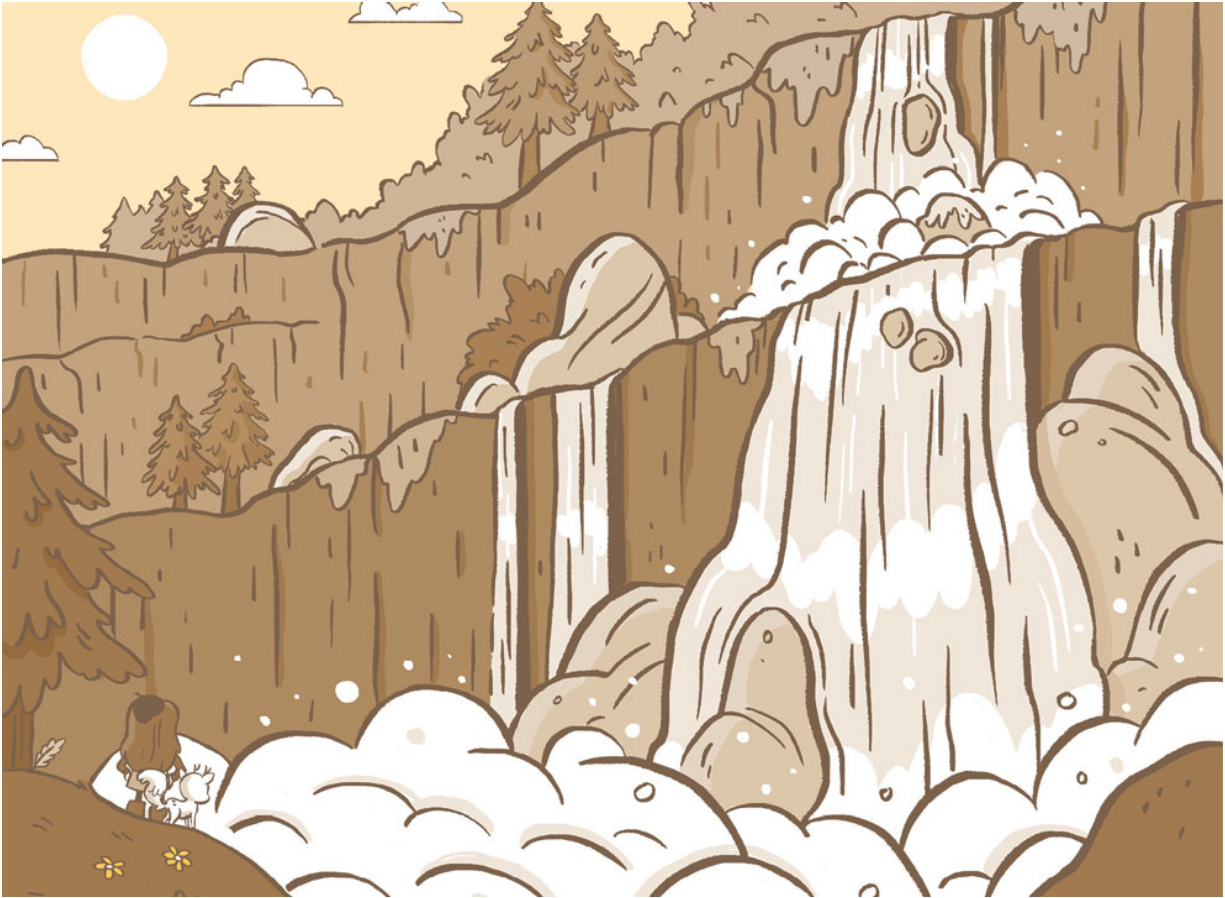
—Estás conmocionada —le dijo Alfur—. Deberías comer algo.

Hilda cogió su mochila de aventuras y buscó un sándwich de pepino. Sus dedos tocaron algo seco y pegajoso.

—¡Puaj! —exclamó—. ¿Qué es esto?

Era su cuaderno. No le había dado tiempo a limpiarlo desde la aventura del día anterior, y la baba del troll al secarse se había convertido en una pasta pegajosa que lo cubría en su totalidad.

A Hilda se le ocurrió una idea.



Sacó el cuaderno y se embadurnó la saliva pegajosa en las manos, las rodillas y los pies.

—¿Qué es eso? —le preguntó Alfur.

—Mejor que no lo sepas —le respondió Hilda.

Cuando hubo terminado, se levantó, respiró hondo y volvió a dirigirse a la cornisa resbaladiza de los elfos. Pegó las rodillas, el pecho y la frente a la roca y avanzó de puntillas.

—¡Lo estás haciendo genial! —le gritó Alfur saltando para volver a colocarse en su oreja.

Con la saliva pegajosa del troll en las manos y en los pies, Hilda no resbaló al pasar entre la pared de roca y la cortina de agua que caía detrás de ella.

—Ya falta poco —le dijo Alfur.

Hilda estaba mareada de miedo y le dolían las puntas de los pies, que soportaban su peso. Pero el camino era cada vez más ancho y pronto pudo colocar los pies uno al lado del otro y caminar con más comodidad. Al final llegó a una gran plataforma de roca detrás de la cascada. Justo delante de ella había dos oscuras cuevas.

Twig llegó también a la plataforma.

—¡Las cuevas del Destino! —chilló Alfur, sentado en la oreja de Hilda—. ¡Lo has conseguido! ¡Has superado la prueba de habilidad!

—Pues sí —gritó una voz—. Pero ahora debe enfrentarse a la prueba de inteligencia excepcional y, a juzgar por su aspecto, creo que no tiene ninguna posibilidad.

—Oye —replicó Hilda—, estoy aquí, ¿sabes?

Miró hacia abajo y vio a un elfo vestido de bufón. Llevaba zapatos con la punta curvada y un sombrero de tres picos con cascabeles.

—Dos cuevas —le planteó el elfo—. Una a tu izquierda y otra a tu derecha. En una de las dos está el primer ministro elfo, y en la otra hay un troll devorador de hombres. Tú eliges y encuentras tu destino.

Hilda miró al elfo bufón y luego las oscuras entradas de las cuevas.

—No creo que haya un troll en ninguna de las dos cuevas —le dijo Hilda—. ¿Qué comería aquí?

—A veces un woff se adentra en su cueva —le contestó el bufón—. Pero sobre todo se come a los viajeros que toman la decisión equivocada.

—¿Y por qué no te come a ti?

El bufón sonrió y señaló los cascabeles de su sombrero.

—Vale —convino Hilda—. Ahora te creo.

—Dos espíritus del agua vigilan las entradas —siguió explicándole el bufón—. Uno, la cueva de la izquierda, y el otro, la de la derecha. Antes de decidirte podrás hacer UNA pregunta a UN espíritu.

—Fácil —respondió Hilda—. Preguntaré en qué cueva está el primer ministro.

—No corras tanto —le advirtió el bufón—. Debes saber algo más. Un espíritu siempre dice la verdad y el otro siempre miente.

El agua que caía por detrás de Hilda se hinchó y burbujeó a ambos lados, y aparecieron dos pares de ojos llorosos. Twig gruñó y retrocedió.

—Los espíritus son exactamente iguales —dijo Hilda—. ¿Cómo voy a saber cuál miente?

—¡No puedes! —se burló el bufón—. ¡Es la parte más divertida de mi trabajo! Se acabó la charla. Pregunta y toma tu decisión.

9



Twig gruñó. Alfur suspiró. Hilda se rascó la cabeza.

—Ya sé —dijo por fin—. Le preguntaré a un espíritu de qué color es mi pelo. Si me contesta que azul, sabré que es el que dice la verdad. Si me contesta cualquier otra cosa, sabré que es el que miente.

—¿Y qué? —repuso el elfo—. Seguirás sin saber en qué cueva está el primer ministro y habrás gastado tu única pregunta.

Hilda gimió decepcionada.

—Ay, me duele la cabeza. ¿No puedes decírmelo, Alfur?

—No —le contestó Alfur—. Nunca he sido excepcionalmente inteligente.

—Creía que eras escritor.

—Exacto —afirmó él.

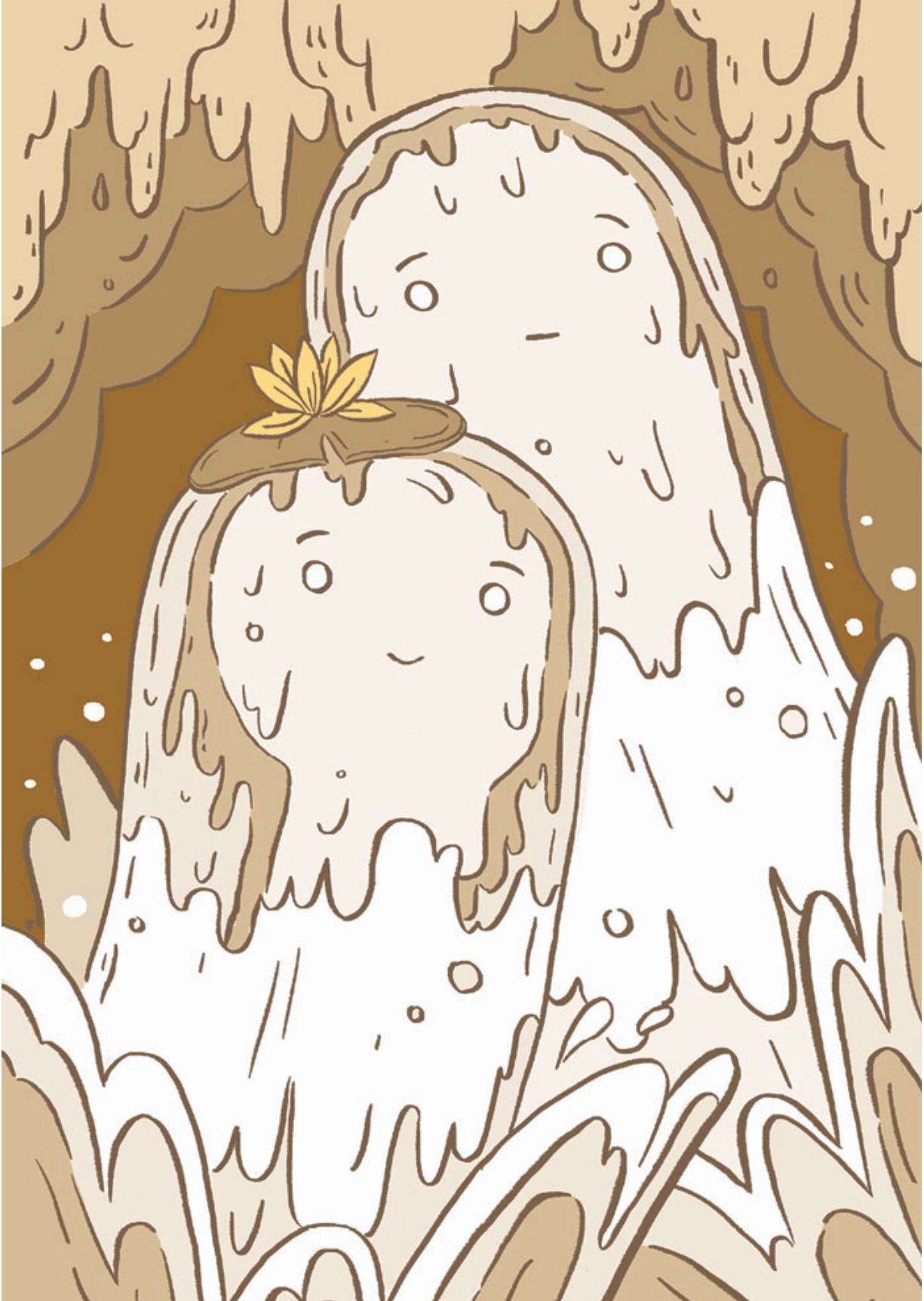
—¿Y tú, Twig?

Pero Twig tampoco podía ayudarla. Desplazaba la mirada de las cuevas a los espíritus, una y otra vez, tan deprisa que acabó mareándose y cayéndose

de lado.

Hilda volvió a gemir. La persona más inteligente que conocía era seguramente su madre. También el Hombre de Madera era bastante inteligente. ¿Qué diría?, se preguntó.

—¡Un momento, ya lo tengo! —Hilda se volvió y se colocó frente al espíritu del agua de la izquierda—. Ahí va mi pregunta. Si preguntara al otro espíritu si el primer ministro está en esta cueva, ¿qué me diría?



El espíritu se quedó un instante en silencio y luego contestó con voz líquida:

—Diría... que... no.

—¡Ajá! —exclamó Hilda—. Hay dos posibilidades. PRIMERA POSIBILIDAD, tú eres el mentiroso, y en ese caso mientes al decir que el otro espíritu diría que no. Así que no diría que no, diría que SÍ, que el primer ministro ESTÁ en esta cueva. Y si tú eres el mentiroso, el otro dice la verdad y puedo confiar totalmente en su «sí». SEGUNDA POSIBILIDAD, tú eres el que dice la verdad, y en ese caso estás diciéndome la verdad al decirme que el otro espíritu me diría que no. Pero si tú dices la verdad, el otro es el mentiroso, así que su «no» sería una mentira. En cualquier caso, la verdad es la misma. EL PRIMER MINISTRO ESTÁ EN ESTA CUEVA.

—Entra pues —la instó el bufón.

Hilda se adentró en la oscuridad seguida por Alfur y Twig.

—Perdona —le dijo Alfur volviendo a trepar a su oreja—. No he entendido ni una palabra de lo que acabas de decir. ¿Te importaría aclararme, en una escala del uno al diez, por ejemplo, hasta qué punto estás segura de que has elegido la cueva correcta?

—Siete —le contestó Hilda.

—Me lo temía —murmuró el elfo.

Al avanzar, Hilda se topó con una gruesa puerta de madera que se abrió con un crujido y mostró una bonita caverna inundada de luz. Doce elfos trajeados estaban sentados alrededor de una pequeña mesa de piedra, en medio de la caverna.

—¡Aaah! —exclamaron—. ¡Es la niña gigante!

Twig oía a los elfos, pero no los veía. Corrió nervioso por la caverna, y los elfos trajeados corrieron de un lado a otro para evitarlo.

—¡Twig, tranquilo! —gritó Hilda—. Vengo en son de paz —añadió en voz baja—. ¿Quién de vosotros es el primer ministro?

Un elfo de barbilla puntiaguda se subió a la mesa.

—Yo soy el primer ministro —se presentó—. ¿Qué quieres, niña gigante?

—Quiero quedarme en mi casa —le contestó Hilda.

—Imposible —le dijo él.

—¿Por qué? —gritó Hilda—. ¿Qué os he hecho?

El primer ministro abrió los brazos.

—¡No dejáis de pisarnos!

—Pero no os hago daño —replicó Hilda—. Ayer vi que una pata de Twig atravesaba una casa sin hacer ningún daño.

—Sí, pero míralo desde nuestro punto de vista. Imagínate lo traumático que es ver un pie gigante atravesando el techo. E imagínate lo difícil que es conseguir que los niños se duerman con dos gigantes parlotando al lado.

Hilda lo consideró desde su punto de vista. Por primera vez dejó de pensar en su problema y empezó a imaginar cómo sería vivir a la sombra de gigantes y tener que lidiar con un ruido ensordecedor, luces cegadoras y pies enormes pisando por todas partes. Cuanto más se lo imaginaba, más se le pasaba el enfado. De hecho, empezó a sentirlo por ellos.

—Perdónanos, por favor —le pidió en voz baja—. No sabíamos que estábamos molestando. Pero ahora que nos lo has contado, podemos intentar cambiar. Apagaremos las luces antes y hablaremos en voz baja. Y le pediré a mi madre que firme los formularios. Si os ve, no volverá a pisaros.

El primer ministro negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. A los habitantes de vuestra casa siempre los hemos considerado enemigos del rey. Hemos estado en guerra con vosotros

durante generaciones. Hasta ahora nadie se ha molestado en hacer nada al respecto. Me temo que solucionar la situación a estas alturas no está...

—¿En tus manos? —le preguntó Hilda.

—Sí. —El primer ministro levantó sus brazos rechonchos—. No puedo hacer nada.

Hilda lo miró fijamente.

—¿Estás diciéndome que la única manera de salvar mi hogar es firmar un tratado de paz con el rey elfo?

—Exacto.

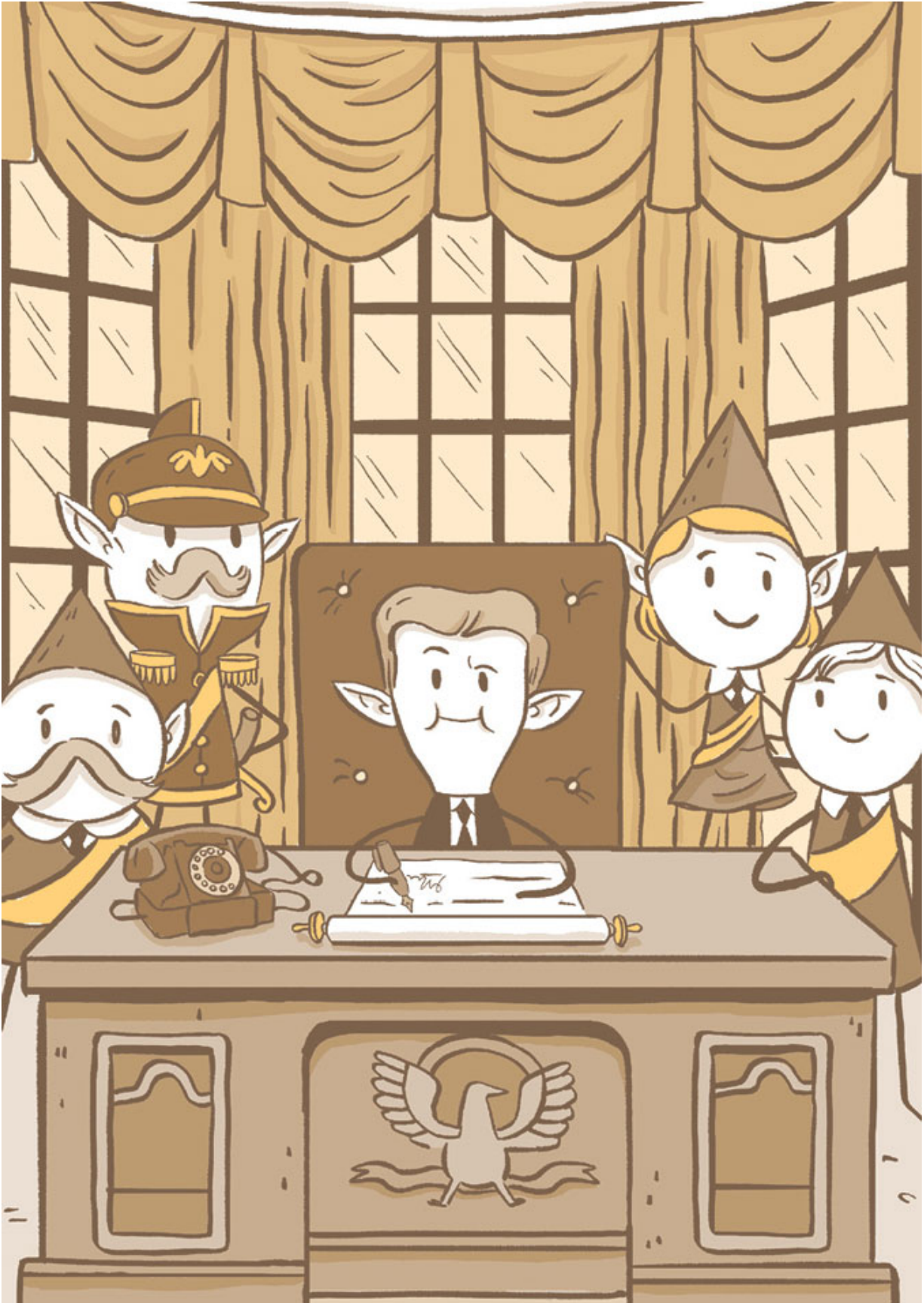
El primer ministro sonrió.

—¿Y dónde puedo encontrar al rey?

—No te lo puedo decir.

—¿QUÉ?

—He firmado un formulario secreto que me impide contar a nadie que no sea elfo dónde está el castillo del rey. Es uno de esos formularios que todo elfo firma en cuanto sabe escribir su nombre. Lo siento.





10



Esa noche Hilda se comió su guiso y sus bayas de serbal muy triste. No quiso repetir. No le pidió a su madre que jugara al Dragon Panic ni que tostara nubes de azúcar en la chimenea. Ni siquiera quiso tumbarse en el sofá a leer *CUEVAS Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*. Lo único que quería era irse a dormir.

Se dio un baño, se puso el pijama y se metió en la cama. Twig se tumbó a sus pies, y su madre entró en la habitación para tajarla y darle las buenas noches.

—¿Has tenido un mal día? —le preguntó.

—Sí —le contestó Hilda en voz baja—. He intentado solucionar nuestro problema con los elfos, pero es imposible.

Su madre se sentó en el borde de la cama.

—Qué raro oírte decir esa palabra.

Hilda se rascó la cabeza.

—¿Elfos?

—No. Imposible. Casi nunca dices que algo es imposible.

—Pues acostúmbrate.

Hilda volvió a rascarse la cabeza.

—Estás rascándote mucho —observó su madre—. Acércate, que voy a mirarte la cabeza.

Hilda se inclinó hacia delante para que su madre le mirara el pelo. Esta cogió un peine y un cuaderno y empezó a peinar a Hilda encima de una página en blanco. Diminutas manchas anaranjadas cayeron al papel.

—¿Tengo liendres? —le preguntó Hilda.

—No —le respondió su madre—. Gatitos.

Hilda cogió la lupa y observó una mancha. Parecía una versión minúscula de Angelina, la gata del alcalde elfo. Recordó que parecía mucho más delgada después de haberse escondido en su pelo.

Su madre siguió pasándole el peine en silencio y luego volvió a hablar, en tono demasiado animado.

—Hilda, he estado pensando que hace años que no vamos a Trolberg. Podríamos ir mañana a pasar el día.

—Mamá, por favor.

—Solo a pasar el día —repitió su madre con una gran sonrisa falsa—. Solo a echar un vistazo.

Su madre metió los gatitos en una pequeña caja que había en la mesilla de noche de Hilda. Besó a su hija en la frente, la tapó y salió de la habitación.

En cuanto su madre se hubo marchado, Alfur saltó de la pila de libros de la mesilla de noche de Hilda y echó un vistazo a la caja de gatitos.

—Creo que debería llevárselos a Angelina —dijo.

—Sí, deberías —le contestó Hilda—. Y no te molestes en volver si no piensas decirme dónde está el castillo del rey.

Alfur negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo —repuso—. Firmé el formulario secreto, como todos. No puedo decir una palabra sobre dónde está el castillo del rey a nadie que no sea elfo.

—Formularios, formularios y formularios —replicó Hilda—. Es lo único que os importa a los elfos, ¿verdad?

—Sí —asintió Alfur—. Bueno, no. Bueno, no puedes decir que los formularios no son importantes.

—¿Y qué me dices de la amistad?! —le gritó Hilda—. ¿Tiene algún peso en tu pequeño mundo lleno de papeleo?

Apagó la lámpara de la mesita de noche y se tapó bruscamente la cabeza con las mantas, lo que provocó que Twig se despertara sobresaltado y saltara de la cama.

Hilda intentó dormir. Cerró los ojos e imaginó espíritus del agua deslizándose debajo de un puente. Normalmente eso conseguía que se quedara dormida, pero esa noche no. No podía dejar de pensar en su fracaso con los elfos y en el plan de su madre de ir a Trolberg al día siguiente.

«Solo a echar un vistazo». ¡Ja! Más bien a buscar casa y a matricular a su hija en una escuela de la ciudad. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

El reloj de su abuelo dio las doce. Y luego Hilda oyó otro ruido, un suave golpeteo en la ventana.

Echó las mantas hacia atrás y encendió la luz. Twig estaba en el alféizar de la ventana golpeando el cristal con las pezuñas.

—¿Qué pasa, chico? ¿Qué ves?

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. La luna, en lo alto del cielo, iluminaba cientos de casas diminutas. Hacia el norte se alzaba el monte

Pompón, con su elevado pico cubierto de nieve. Hacia el este, el río serpenteaba en dirección a Trolberg.

Twig arañó el cristal de la ventana. Se le había erizado el pelo de la nuca y sus pequeños ojos negros miraban al cielo, por encima del monte Pompón, donde una gigantesca cabeza tapaba las estrellas.

Hilda pegó la nariz al cristal de la ventana.

—Es el gigante —susurró—. El gigante que sale a medianoche.

El gigante de medianoche movió lentamente la cabeza a ambos lados como si buscara algo. Luego miró la casa de Hilda y se quedó inmóvil.

Hilda miró al gigante.

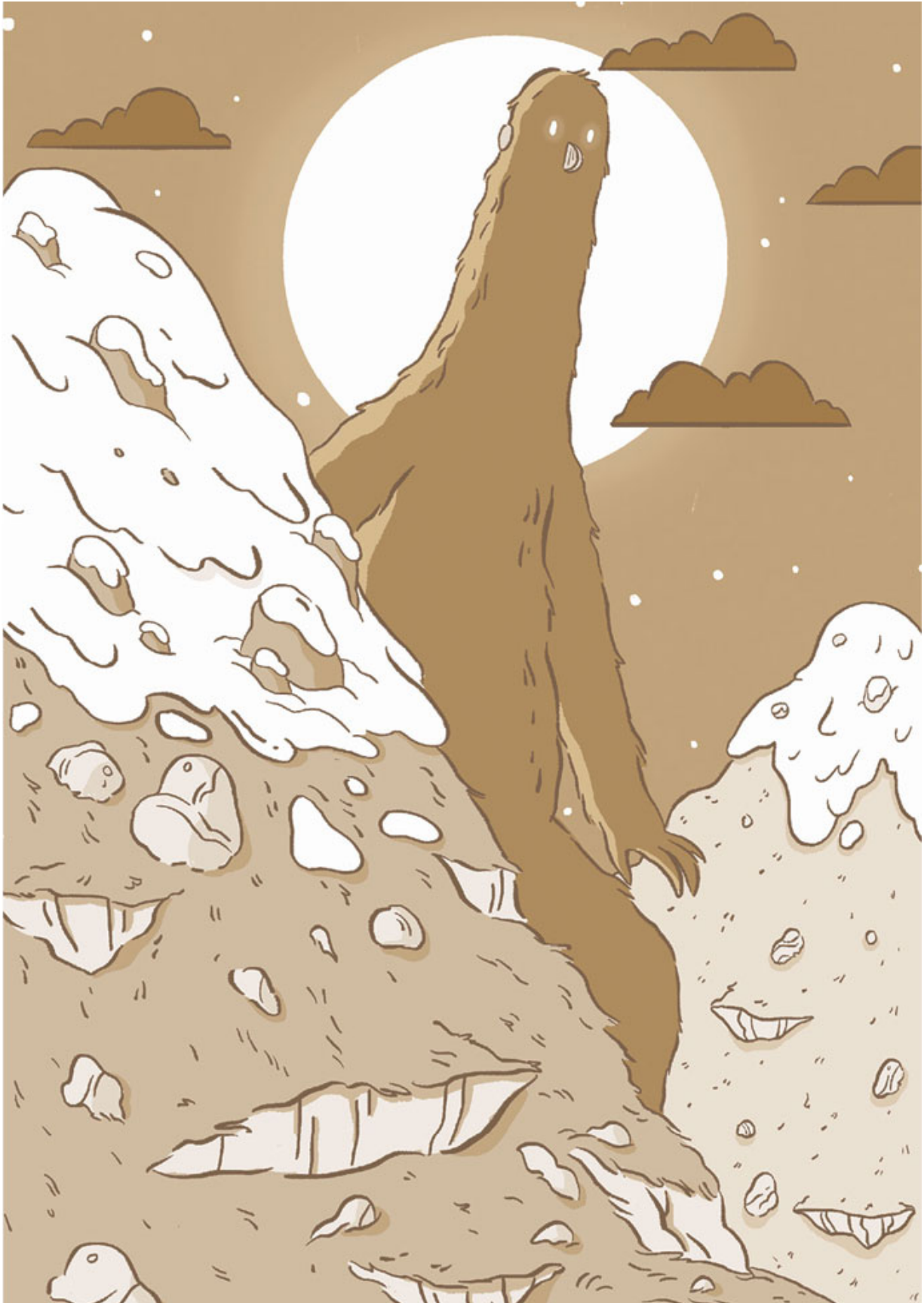
El gigante miró a Hilda.

Esta vez la niña no llamó a su madre. Se quedó allí con las manos pegadas al cristal de la ventana. La invadió una gran tranquilidad, y los latidos de su corazón se calmaron hasta convertirse en un sonido sordo. Las lágrimas se secaron lentamente en sus mejillas.

Los ojos del gigante brillaban a la luz de la luna. Suspiró, se alejó despacio y desapareció pesadamente en la oscuridad.

—No te vayas —le pidió Hilda. Corrió el pestillo y abrió la ventana de par en par—. ¡Quédate, por favor! —le gritó.

Pero el gigante ya había desaparecido.





11



A la mañana siguiente Hilda observaba el campo desde la ventanilla del coche. Las ovejas pastaban. El río chapoteaba. Las ramas de los pinos azules ondeaban en la brisa otoñal. A la izquierda había una escarpada colina que le encantaba bajar rodando. A la derecha estaban el serbal más grande de todo el valle y un terreno de hierbas altas, perfectas para hacer trompetas con ellas.



Cuántos recuerdos. Cuántas cosas que no volvería a hacer.

Hacia el este, en la lejanía, un gigante del bosque se metía entre los árboles tambaleándose. Hilda nunca había pensado que los gigantes del bosque fueran pequeños, pero ahora se daba cuenta de que eran diminutos comparados con el de la noche anterior. Por enésima vez ese día, pensó en el gigante de medianoche. ¿Por qué iba al valle? ¿Qué estaba esperando? ¿Por qué parecía tan triste?

Su madre hablaba tanto que a Hilda le costaba pensar. No había dejado de charlar desde que habían salido de casa, hacía una hora. Hablaba de su infancia en Trolberg y de los fines de semana que iban a ver a sus abuelos al campo.

—Podríamos hacer lo mismo —sugirió su madre mientras cruzaban el puente—. Vivir en Trolberg y, algunos fines de semana, ir al campo. ¿Qué

te parece, Hilda?

—Me parece genial —le contestó Hilda—. Menos lo de vivir en Trolberg.

El río Bjorg seguía a su derecha, pero ahora era más ancho y avanzaba más despacio. Más adelante, Hilda vio los imponentes picos del monte Har y el monte Halldor. Entre las dos montañas se alzaba un alto muro de ladrillos.

—Sabes por qué Trolberg tiene muros tan altos, ¿verdad? —le preguntó su madre.

—¿Para evitar que la gente escape?

—¡No! —Su madre se rio—. Para protegerlos de los trolls. Construyeron Trolberg en medio de un territorio troll.

—Ya veo —le dijo Hilda—. Entonces lo que estás diciendo es que los humanos expulsamos a los trolls de su tierra, como los elfos nos echan a nosotras de nuestra casa.

—Sucedió hace mucho tiempo. —Su madre suspiró—. Hilda, no me lo pongas más difícil, por favor.

Pasaron por debajo de un gigantesco arco en el que habían pintado las palabras BIENVENIDOS A TROLBERG. A ambos lados del arco había dos campanarios que parecían las torres de vigilancia de una cárcel. Hilda supuso que los campanarios estaban ahí para mantener a los trolls alejados de la ciudad. Había visto con sus propios ojos lo mucho que los trolls odiaban el sonido de las campanas.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza para observar la ciudad. Era aún más lúgubre de lo que la recordaba: una plaza llena de espantosas palomas, un patio de colegio de hormigón, vacío, rodeado de una valla de alambre, y un laberinto de calles sucias con casas sucias a ambos lados.

—Vale, ya hemos visto la ciudad —dijo Hilda—. ¿Podemos volver a casa?

—No —le respondió su madre—. He hecho una lista de sitios que quiero que veamos juntas, empezando por la escuela Edmund Ahlberg. No te pongas triste, Hilda. Nunca se sabe. Puede que te guste.

Pasaron todo el día en Trolberg yendo de un lado a otro y subiendo y bajando escaleras para ver tristes pisos de dos habitaciones. A Hilda todas las calles le parecían iguales, y también las casas, pegadas unas a otras en largas filas. Nada que ver con su hogar, donde el campo se extendía hasta las lejanas montañas de picos nevados.

Su madre también parecía diferente en la ciudad. Caminaba moviendo los brazos muy deprisa y miraba todo el rato el reloj. Era como si se hubiera convertido en una mujer de negocios de Trolberg ante los ojos de Hilda.

Lo peor de esa ciudad eran las campanas. Hacía tanto tiempo que Hilda no iba allí que había olvidado que tenía tantos campanarios, no solo en las murallas, sino por todas partes. Las constantes campanadas —*din, don, din, don*— asustaban a Hilda, que se tapaba los oídos con las manos. Más tarde, al volver a casa con su madre, todavía le zumbaban los oídos.

—No quiero que nos traslademos, mamá, por favor —le suplicó de camino al campo.

—Será bueno para ti, Hilda. Por fin podrás hacer amigos.

—Ya tengo amigos.

—Quiero decir amigos humanos.

—¡No quiero amigos humanos! Y no quiero vivir en Trolberg. No hay nada que dibujar, ningún sitio que explorar, toda la ciudad huele a humo y no he visto un serbal en todo el día.

—Hilda, no tenemos elección.

—Sí, y no tenemos elección porque no estás haciendo *nada*. Yo he ido a negociar con alcaldes, he esquivado conejos y me he untado saliva de troll en los pies. He hecho lo que he podido para arreglar las cosas con los elfos.

¿Y tú qué has hecho? ¡Nada! ¿Sabes lo que pienso, mamá? Pienso que QUIERES que nos traslademos. ¡Pienso que llevas siglos planeándolo!

—Te equivocas, Hilda —le contestó su madre en tono muy conmovido—. Y si no puedes decir nada bonito, mejor que no digas nada.

—Por mí, perfecto —replicó Hilda.

Hicieron el resto del camino hasta su casa en absoluto silencio y no volvieron a hablarse en todo el día.



12



Esa noche Hilda se sentó con Twig junto a la ventana a esperar al gigante de medianoche. No sabía por qué su presencia le resultaba tan reconfortante. Quizá por su enorme tamaño, que hacía que sus problemas parecieran más pequeños, o quizá por las lágrimas que brillaban en sus ojos, como si el gigante entendiera su dolor. Le habría gustado hablar con él y pedirle consejo.

A las doce menos cinco, un parpadeo la sobresaltó. Pero no era el gigante de medianoche. Era una manada de woffs migrando.

Las migraciones de woffs eran frecuentes en el valle Bjorg. Cada pocos días, largas filas de esas criaturas sobrevolaban el valle en busca de ellas

sabrían qué. Sus grandes ojos escudriñaban la oscuridad y sus colas se movían de un lado a otro en el cielo.

En el pasillo del piso de abajo empezó a sonar el reloj de su abuelo.

Una... dos... tres... Hilda observó la oscuridad...

Cuatro... cinco... seis... Twig levantó las orejas y empezó a arañar el cristal de la ventana...

Siete... ocho... nueve... Hilda miró fijamente el pico del monte Pompón...

Diez... once... doce... Quizá ese día el gigante de medianoche no vendría...

Hilda miró a Twig. Había levantado las patas delanteras y estiraba el cuello como si quisiera ver más allá de la montaña.

—¿Qué pasa, chico? —murmuró abriendo la ventana y asomándose.

Entonces lo vio. Un extraño bulto en la ladera de la montaña. Algo que parecía el codo de un gigante.

—¡Está allí! —gritó Hilda—. ¡Está sentado detrás del monte Pompón! Bien, voy a hablar con él.

Saltó al tejado y se dirigió al borde. El frío viento la hizo jadear y tiritar.

—¡Hola! —saludó, y su voz rebotó en la ladera de la montaña—. ¡Soy Hilda! ¿Cómo te llamas?

El gigante de medianoche se levantó muy despacio. Su cabeza y sus hombros se alzaron por encima de la montaña, como antes. Miró a la niña y soltó un gran suspiro que hizo temblar todos los abetos de la ladera de la montaña.

Y entonces se volvió para marcharse.

—¡No, no te vayas! —le gritó Hilda—. ¡Esta vez no voy a permitir que te vayas!

Se levantó y empezó a correr por el tejado hacia el gigante de medianoche extendiendo los brazos para no perder el equilibrio. Vio de

reajo que estaba pasando una bandada de woffs y que el último de ellos estaba a punto de pasar por al lado del tejado.

Hilda aceleró para alcanzar la velocidad del woff y luego, sin pensar en lo que estaba haciendo, saltó del tejado y surcó el aire en dirección a él.

Sorprendido, el woff se volvió loco, se elevó, dio una sacudida, resopló y cloqueó. Hilda rodeó el vientre del animal con las piernas y se aferró con fuerza al pelo de la nuca mientras se dirigían hacia el norte, hacia el gigante de medianoche.

La criatura se alejaba a pasos gigantescos, dejando enormes huellas, como la que Hilda había visto en el campo. Era muy rápido, pero el woff de Hilda lo era todavía más. Surcó el aire como una piedra de la honda de un elfo, cada vez más alto, por encima de las nubes, cada vez más cerca del gigante.

Hilda gritó y se agarró con fuerza.

Estaba rodeada de nubes muy densas, pero de repente se separaron y Hilda vio la cabeza del gigante de medianoche justo debajo de ella.

—¡Gracias por el paseo, woff! —gritó—. ¡Preparados, listos, yaaa!

Saltó de su montura, descendió por los aires y aterrizó en la cabeza del gigante de medianoche. Su pelo era espeso y oscuro como la hierba del escorbuto y tenía un agradable olor a tiza.

—¡Hola! —volvió a saludar.

El gigante siguió andando. Parecía no haberla oído.

Hilda bajó por un lado de la cabeza del gigante y encontró un cavernoso oído entre el pelo oscuro.

—¡Perdona! —gritó introduciéndose en él.

El gigante se detuvo.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz atronadora y triste.

—Soy la niña de aquella casa —farfulló Hilda—. Encantada de conocerte por fin. Soy una gran admiradora tuya. La gente debe de decírtelo a todas

horas, pero ¡eres tan grande...! Nunca había visto a nadie tan grande como tú. Eres enorme. Dime, ¿por qué vienes cada medianoche?

El gigante se quedó un buen rato en silencio antes de contestar.

—Había quedado con alguien —le dijo por fin.

—¿Con quién? —le preguntó Hilda, curiosa.

—Con una vieja amiga.

—¿Estás seguro de que vienes al lugar correcto?

El gigante volvió la cabeza y observó el paisaje. Hilda, acurrucada al borde del oído del gigante, contempló el valle a la luz de la luna: los bosques, el río y las lejanas montañas que tanto amaba.

—Recuerdo la posición de las estrellas —le contestó el gigante— y el olor a tomillo y a bayas de serbal. Las colinas han cambiado un poco. Y tu casa antes no estaba. Pero sí, es aquí.

—¿Y por qué no ha venido tu amiga?

—No lo sé. —El gigante siguió andando. De vez en cuando se giraba y miraba el monte Pompón—. Quedamos hace muchísimo tiempo. Dijimos que nos encontraríamos aquí a medianoche. Quizá me he equivocado de fecha.

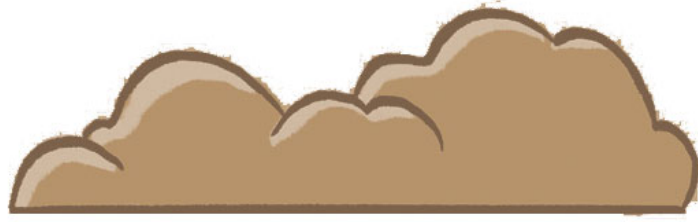
—No pareces una de esas personas que olvidan una fecha importante —observó Hilda—. Lamento decírtelo, pero creo que tu amiga no vendrá.

—No vendrá. —El gigante rumió las palabras de Hilda—. Quizá tengas razón. Quizá se ha marchado, como los demás.

—¿Quién es tu amiga? Háblame de ella.

El gigante no respondió. Se detuvo junto a la casa de Hilda y se llevó la mano al oído. Cogió a la chica, la bajó y la dejó deslizarse por su dedo hasta el techo de su casa.

—Lo siento —se disculpó Hilda—. No pretendía hacerte tantas preguntas. Pero parecías muy triste, y yo también estaba triste, así que pensé...



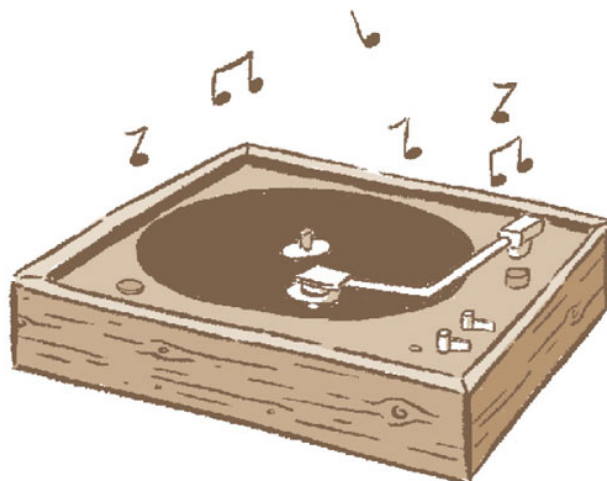
—Adiós, pequeña —se despidió el gigante—. Gracias por la conversación.

Y tras decir esto se incorporó y se adentró pesadamente en la oscuridad.





13



Al día siguiente Hilda fue con Twig a la casa del Hombre de Madera, que estaba en medio del Gran Bosque. Era una bonita cabaña de pino y de nogal, de dos pisos, construida alrededor de un enorme roble. Al acercarse a ella, Hilda y Twig oyeron música de jazz procedente del interior.

La niña llamó a la puerta, y el Hombre de Madera abrió. Su cara no podía expresar demasiado las emociones, pero sus ojos se agrandaron un poco y su boca se redondeó.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —le dijo.

—Llevo toda la vida explorando este valle —le contestó Hilda—. ¿No vas a pedirme que entre?

—No.

La niña se encogió de hombros.

—Entraré igualmente.

La casa del Hombre de Madera era muy bonita por dentro. El suelo era de color crema, había un piano reluciente y una acogedora estufa de leña. Todas las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros.

—¿Té? —le preguntó el Hombre de Madera ofreciéndole una taza de agua sucia con palos.

—Me temo que no tengo tiempo para tomarme un té —le respondió Hilda—. Necesito que me prestes un libro.





—¿Parezco un bibliotecario? —replicó el Hombre de Madera.
Hilda suspiró.

—No. Pero el otro día vi que estabas leyendo un libro sobre gigantes. Me preguntaba si podría echarle un vistazo.

El Hombre de Madera fue a una esquina de la sala, se subió a una escalera y empezó a buscar su libro sobre gigantes. Twig saltó al piano y correteó por las teclas hasta las notas más graves. *Plin, plin, plon, plun.*

—Aquí está —dijo el Hombre de Madera.

Sacó un gran libro del estante superior y se lo tendió a Hilda.

COSAS CON PIES GRANDES

Guía de todos los gigantes que hayas
podido ver y de los que no
de Sigríð Renberg

—Perfecto —le dijo Hilda. Se sentó en una silla de mimbre y pasó el dedo por el índice del libro—. Gigantes del bosque, gigantes de las nieves, gigantes caballo... Ah, aquí están: antiguos gigantes.

Hilda buscó la página, se colocó el pelo detrás de la oreja y empezó a leer.

En los orígenes del mundo, los antiguos gigantes habitaban en los valles del norte. Eran más altos que las montañas y vivían miles de años. En la montaña más alta, un pico olvidado en las tierras heladas, había siempre un gigante sentado. Se sentaba allí, en lo alto, y observaba la oscuridad para proteger la Tierra de toda amenaza que llegara desde arriba. Cualquier gigante joven podía ser elegido guardián, una labor que podía durar miles de años.

Hilda pasó la página y posó la mirada en una foto del gigante de medianoche.

—¡Es él! —gritó—. Aquí dice que se llama Jørgen. Dice que fue el último antiguo gigante que hizo de guardián.

Frunció el ceño y siguió leyendo.

Todo cambió cuando los seres humanos aparecieron en los valles del norte. Construyeron ciudades, que los antiguos gigantes pisaban accidentalmente. Esto provocaba discusiones y peleas. Cuando los antiguos gigantes se dieron cuenta de que el mundo se les había quedado pequeño, se levantaron y se marcharon. Nadie sabe adónde fueron. Algunos dicen que, sencillamente, saltaron lo más alto posible y fueron a parar al espacio.

—¡Pobre Jørgen! —bramó Hilda—. Los antiguos gigantes se marcharon sin él. Lleva miles de años sentado solo en el pico de una montaña helada, vigilando, y nadie le ha dicho que los demás se fueron. Su amiga había quedado con él, pero también se marchó. El pobre se ha quedado solo.

El Hombre de Madera la miró con ojos inexpresivos.

—¿Has terminado?

—¿De qué?

—De leer. De hablar. De estar en mi casa.

—Claro. —Hilda cerró el libro y se levantó—. Gracias por dejarme ver el libro, Hombre de Madera. Vamos, Twig. ¡El último que llegue a casa es un huevo de woff podrido!

Una hora y media después, Hilda cruzó la puerta de su casa y se quitó las botas de goma rojas. El interior estaba calentito, y un sublime aroma a jengibre, nuez moscada y comino flotó hasta ella. Solo una cosa había cambiado: su madre no estaba ni en el escritorio ni en la cocina.

Hilda subió al piso de arriba seguida por Twig. Su madre estaba en la habitación sacando ropa del armario de su hija y metiéndola en una bolsa de viaje.

—¿Qué haces?! —gritó Hilda.

—Las maletas. —Su madre dejó caer una pila de jerséis de lana en la bolsa—. Me temo que ha llegado otra carta diminuta. El mismo mensaje de siempre, pero esta vez han estampado por todas partes ÚLTIMO AVISO en tinta roja.

—¡No podemos dejar que nos intimiden! —replicó Hilda dando una patada en el suelo—. Mira, tengo una idea. Convertiremos la casa en un castillo. ¡Cavaré un foso! Y si consiguen entrar, volveré a utilizar la escoba, como el otro día.

—Lo siento, Hilda. —Su madre cerró la bolsa y la depositó en el suelo—. Estoy empaquetándolo todo. Nos trasladaremos a Trolberg mañana.

Dicho esto bajó al piso inferior y Hilda se desplomó en su escritorio con la cabeza entre las manos. Twig se acercó a ella y se acurrucó a sus pies.

Frente a ella estaba su cuaderno, abierto por el mapa del valle. Observó el monte Bota, el monte Pompón, el río, el Gran Bosque y el bosque de pinos azules. Todos los lugares que había explotado en su infancia. Lugares que quizá no volvería a ver nunca más...

Hilda se echó a llorar. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron al mapa.

—No llores, por favor —le pidió una vocecita.

Hilda miró a Twig sorprendida. No sabía que hablaba. Sin duda nunca antes había hablado.

—Aquí —indicó la voz.

Hilda se secó los ojos y vio al elfo Alfur sentado en un sacapuntas.

—Ah, eres tú —le dijo.

Alfur le sonrió.

—Has pensado que el zorro ciervo sabía hablar, ¿verdad?

—Claro que no —mintió Hilda—. Y para tu información, este es mi dormitorio, así que lloro si quiero. Tú también llorarías si tuvieras que marcharte de tu casa.

—Solo digo que no me gusta verte triste —murmuró Alfur.

—Sí que te gusta —repuso Hilda—. Si no te gustara, me habrías dicho dónde vive el rey.

—¡No es justo! —Alfur saltó del sacapuntas y se acercó a ella—. No está en mi mano. Firmé el formulario secreto. No puedo decirte dónde está el rey.

—Lo que tú digas —replicó Hilda.

—No puedo decir una palabra —insistió Alfur saltando al mapa.

—Entonces déjame en paz —le contestó Hilda—. ¡Lárgate de una vez!

—Ni una palabra —repitió Alfur. Se comportaba de forma muy rara, saltando en el mapa de Hilda—. No puedo decir nada en absoluto. Me niego a hablar. No diré nada sobre este tema. ¿Lo entiendes?

Hilda se echó hacia atrás y miró al pequeño elfo, que parecía haber perdido totalmente la cabeza. Bailaba y zapateaba alrededor de un punto del mapa.

—¿Lo entiendes? —repitió Alfur.

Hilda miró los zapatos del elfo, que saltaban sobre el dibujo del monte Pompón, justo al lado del dibujo de su casa. Entonces esbozó lentamente una gran sonrisa.

—Lo entiendo —le dijo cogiendo su abrigo y su bufanda más gruesos—. Alfur, amigo mío, ¿te gustaría venir a dar un paseo conmigo?





14



El monte Pompón estaba justo al lado de la casa de Hilda. Lo había explorado muchas veces, pero solo había llegado a las laderas, cubiertas de hierba, nunca a la zona nevada.

«Cuidado con subir hasta la nieve —le decía siempre su madre—. Es peligroso. Hay agujeros profundos en los que podrías caer. Hay espíritus del clima. Y lo peor es que hay riesgo de avalancha».

Hilda sabía lo que era una avalancha: una enorme ola de nieve descendiendo atronadoramente por una ladera y arrastrando todo lo que encontraba a su paso. La idea la aterrizzaba.

Pero la idea de trasladarse a Trolberg la aterrizzaba aún más.

Con su mochila de aventuras a la espalda, Twig a su lado y Alfur en su oreja, se dirigió a las laderas cubiertas de hierba del monte Pompón, decidida a llegar al castillo del rey elfo, en el pico nevado de la montaña.

En cuanto llegaron a la nieve, la montaña se volvió más empinada y resultaba más difícil ascender. Hilda se apretó la bufanda amarilla alrededor del cuello y cogió una rama de abedul para utilizarla como bastón. Antes de dar un paso, Hilda clavaba el bastón en la nieve para asegurarse de que no hubiera agujeros ocultos. La nieve crujía y chirriaba bajo sus pies. Twig seguía sus pasos bajando la cabeza para evitar el viento.



—¡Oh, no! —exclamó de repente Alfur—. ¡Este espíritu del clima parece enfadado!

—¿Qué espíritu del clima?

Una ráfaga de nieve cayó encima de Hilda y le cubrió la cabeza y los hombros.

—ESTE espíritu del clima —le contestó Alfur.

Hilda levantó la mirada y otra ráfaga le cayó directamente en los ojos. Había una oscura nube de nieve justo encima de su cabeza. A su izquierda y a su derecha el tiempo era seco y soleado, pero Alfur y ella estaban atrapados en una tormenta de nieve. Twig corría de un lado a otro, saltaba por los aires e intentaba morder al espíritu rebelde.

—¡Espíritu, basta ya! —ordenó Hilda—. ¡Eres muy pesado!

—¿PESADO YO? —rugió el espíritu del clima lanzando un montón de nieve que hizo que la niña cayera de rodillas—. ¡VAS A VER LO QUE ES

SER PESADO!

La nieve se amontonaba a su alrededor. Enseguida le llegó a los muslos. Le llegó a la cintura. Le llegó al pecho. Le llegó al cuello...

—¡Hazte amiga suya! —le sugirió Alfur—. Tu madre siempre dice que se te da bien hacer amistad con las criaturas mágicas. ¡Hazte amiga suya, corre, o nos enterrará a los dos!

—¡No hagas caso a mi elfo! —gritó Hilda al espíritu del clima—. No le gusta subir montañas. Prefiere coger un elfevador.

—No soy tu elfo —murmuró Alfur.

El espíritu del clima se rio entre dientes.

—¡Mi elfo es escritor! —repuso Hilda—. ¡Aprendió el alfabeto en la escuela!

—¡No soy tu elfo! —replicó Alfur.

El espíritu del clima soltó una risita. Seguía nevando, aunque ahora menos.

—¡Mi elfo es muy rico! —bramó Hilda—. Siempre lleva en los bolsillos dinero en efectivo.

El espíritu del clima volvió a reírse y un delgado rayo de sol atravesó la nube.

—¡Basta de chistes de elfos! —protestó Alfur.

—A mi elfo le encanta la repostería —prosiguió Hilda—, pero solo sabe hacer pastelitos.

—Cuéntame otro —le dijo el espíritu del clima riéndose.

—¡No! —se negó Alfur.

—Este es bueno —gritó Hilda—. ¿Cuántos elfos se necesitan para cambiar una bombilla?

—No lo sé.

—¡Cien! —exclamó Hilda—. ¡Uno para cambiar la bombilla, nueve para subirse uno a hombros del otro y noventa para rellenar los formularios!

El espíritu del clima rugió de risa.

—¡Noventa para rellenar los formularios! —repitió—. Es buenísimo. Voy ahora mismo a contárselo a mis amigos.

El espíritu se marchó volando tan deprisa como había llegado. Twig bajó los cuernos para que Hilda se agarrara, y la niña salió del montón de nieve.

—¿Por qué todos los chistes tenían que ser de elfos? —resopló Alfur.

—Perdona —le dijo Hilda—. Son los únicos que se me han ocurrido.

Siguieron ascendiendo con dificultad. Hilda notaba cómo la nieve derretida se le deslizaba por la nuca. Se estremeció de frío y sintió las piernas cansadas y pesadas. Se detuvo junto a un abedul y se apoyó en el tronco.

—¿Falta mucho? —preguntó sin aliento.

—Sabes que no puedo decirte dónde está el castillo del rey —le contestó Alfur—, pero, cambiando de tema, creo que este bonito paseo durará cuatro horas más.

—¡Cuatro horas! —Hilda se inclinó y apoyó las manos en las rodillas—. Dudo que pueda seguir andando cuatro MINUTOS.

En ese momento oyó un extraño resoplido por encima de su cabeza. Levantó la mirada hacia el abedul y vio una fila de woffs amarillos sentados en una rama. Estaban roncando ruidosamente, recuperando fuerzas antes de emprender la siguiente etapa en su migración.

—Twig —susurró Hilda—, no puedo llevarte conmigo en lo que queda de viaje. Te veré luego. Intentaré no tardar mucho.

Hilda trepó al árbol y avanzó por la rama en la que estaban sentados los woffs. Los inteligentes ojos negros del fiel zorro ciervo parpadearon y el animal gruñó suavemente.

—Perdona. —Alfur carraspeó—. Mientras esté sentado en tu oreja, lo mínimo que podrías hacer es contarme tus planes. ¿Qué estás haciendo exactamente?

—Esto —le contestó ella extendiendo el brazo y agarrando del cogote al woff más cercano.

El woff se despertó. Con sus grandes ojos desorbitados, abrió la boca y lanzó un alarido de terror que resonó en toda la ladera de la montaña.

—¡Agárrate fuerte, Alfur! —gritó Hilda, y el woff salió disparado del árbol como si le hubieran prendido fuego a la cola.

Hilda tiró suavemente del pelo de la criatura para dirigirla hacia la cima de la montaña. El woff subió cada vez más rápido, dejando atrás rocas escarpadas y montones de nieve.

—Estoy mareado —gimió Alfur—. Por eso nunca hay que volar sin carnet.

—¡Estamos casi en la cima! —le gritó Hilda—. Avísame cuando veas el castillo del r... ¡AAAH!

El woff aceleró y giró bruscamente. Hilda perdió el equilibrio y resbaló. Al caer, extendió los brazos y agarró la cola de su montura con las dos manos, lo que provocó que el animal chocara contra un montón de nieve. ¡POFFF!

Hilda cayó de espaldas en la nieve. Abrió los ojos.

—Estoy bien —afirmó.

—No, no estás bien —repuso Alfur—. Y yo tampoco.

—¿Cómo? —Hilda se sentó—. ¿Qué quieres decir?

—Escucha —dijo Alfur.

Hilda escuchó. Al principio no oyó nada, pero luego le llegó un ligero rumor procedente de lo alto de la montaña, un ruido cada vez más fuerte.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es lo que los elfos llamamos una avalancha —le contestó Alfur—. Aunque solemos decirlo así: ¡¡¡AVALANCHA!!!

El rumor se convirtió en un rugido, y Hilda vio una enorme ola de nieve bajando por la montaña directamente hacia ella.

15



La avalancha avanzó hacia Hilda con un ruido atronador. Parecía una gran pared blanca elevándose hacia el cielo cada vez más deprisa.

Hilda dio media vuelta y corrió, pero la avalancha era más rápida. Ya casi la tenía encima.

—¿Puedo sugerirte que vuelvas la cabeza hacia la derecha? —le preguntó Alfur.

Hilda volvió la cabeza y vio algo que parecía la oscura entrada de una cueva. Corrió hacia ella, tropezó con hielo y piedras y se lanzó hacia la cueva justo cuando la avalancha estaba a punto de alcanzarla. Se oyó un

rugido ensordecedor, y miles de toneladas de nieve se estrellaron ante la entrada de la cueva y descendieron por la ladera de la montaña.

Hilda cayó de espaldas en el cálido suelo rocoso. Abrió los ojos.

—Estoy bien —afirmó.

—No, no estás bien —repuso Alfur—. Y yo tampoco.

—¿Qué pasa? —preguntó Hilda—. ¿Qué pasa ahora?

—Esto no es una cueva —le contestó Alfur.

—¿Qué?

—Hace demasiado calor —dijo Alfur.

—Tonterías —le espetó Hilda, aunque, ahora que lo pensaba, era cierto que en la cueva hacía DEMASIADO calor. Le recordó a la noche anterior, sentada en el oído de Jørgen mientras el gigante de medianoche caminaba por el valle en busca de su amiga. La amiga que tenía que estar allí, pero no estaba.

¿O sí?, pensó de repente Hilda. Si la cueva es un oído, entonces quizá la montaña no sea una montaña.

—¡Hola! —gritó Hilda—. ¡Holaaa!

—¿HOLA? —Una somnolienta voz femenina resonó en la montaña—.
¿QUIÉN ANDA AHÍ? ¡MANIFIÉSTATE!

—¡Estoy aquí! —bramó Hilda.

—Oigo una voz en mi cabeza —dijo la voz femenina—. Qué raro.

Hilda se levantó y se dirigió a la entrada de la cueva.

—Oye, no soy una voz en tu cabeza. Soy...

El suelo empezó a retumbar bajo sus pies. Rocas, piedras y nieve en polvo cayeron por la ladera de la montaña. Hilda perdió el equilibrio, salió disparada, rebotó en piedras y rocas, y fue a parar a un pequeño saliente.

Hilda cerró los ojos y se agarró con fuerza. El saliente, junto con toda la ladera de la montaña, se alzó por los aires como si lo elevaran sobre enormes postes.

La verdad golpeó a Hilda como una avalancha. El monte Pompón, la montaña que estaba al lado de su casa desde mucho antes de que ella naciera, no era una montaña. Y la cima de la montaña, lo que parecía el pequeño pompón de un gorro de lana, era en realidad una cabeza redonda en un gigantesco cuerpo triangular.

Hilda abrió los ojos y miró el pelo de la giganta, cubierto de nieve, y el enorme oído en forma de concha que había confundido con una cueva.

—¡Eres una antigua giganta! —exclamó Hilda.

—¿De verdad? —murmuró la giganta, somnolienta—. Sí, claro. Oh, ¿cuánto tiempo he estado dormida?

Hilda iba a contestarle cuando vio algo por encima del oído de la giganta, una diminuta caja roja y blanca encaramada en el borde de una roca. Hilda la observó fijamente preguntándose qué era.

Alfur fue el primero en darse cuenta.

—¡El castillo! —chilló—. ¡El castillo del rey elfo! ¡Y va a caerse!

Alfur tenía razón.

Cuando los últimos temblores cesaron, el castillo se tambaleó y empezó a caer.

—¡Va a estrellarse contra las rocas! —gritó Alfur—. Va a quedar totalmente destrozado.

Hilda alzó la mirada hacia el castillo y luego miró a la derecha, al hombro de la giganta, donde había un gran montón de nieve. Quizá podría hacer algo, pero solo tendría una posibilidad, así que su movimiento debería ser absolutamente preciso.



Sin detenerse a pensar en el peligro que corría, Hilda cogió carrerilla, saltó del saliente, atrapó el castillo en el aire y aterrizó en la blanda nieve con el castillo contra su pecho.

—¡Increíble! —gritó Alfur—. ¡Has salvado al rey! ¡Has salvado el castillo!

Hilda resopló. De momento todo había ido bien, pero sabía que tenía algo más que hacer. Metió el castillo en su mochila de aventuras para que

estuviera a salvo, trepó por la cara de la gigante y volvió a colocarse en su oído.

—Disculpa —le dijo Hilda—. ¿Estás buscando a Jørgen?

—¡Jørgen! —exclamó la gigante—. ¡Sí! ¿Lo has visto? ¿He llegado demasiado tarde? He esperado tanto tiempo...

—Ha venido cada noche a las doce —le contó Hilda—. ¿Cómo no te has dado cuenta? Lo siento, me temo que le dije que no esperara más. No sé adónde ha ido...

La gigante suspiró.

—La nieve debe de haberme taponado los oídos —comentó.

Un enorme dedo se alzó por los aires en dirección al oído en el que estaba Hilda.

—¡Cuidado con ese dedo! —le gritó Hilda—. ¡Cuidado!

Demasiado tarde. El dedo llegó al oído, empujó a Hilda hacia un lado y la lanzó por los aires. La niña dejó atrás la barbilla de la gigante, el hombro y el pecho, y cayó cada vez más deprisa, surcando el aire frío.

—Creo que este es el fin para los dos —auguró Alfur—. Encantado de haberte conocido, Hilda.

—¡Yo también! —le contestó Hilda—. ¡Perdón por los chistes de elfos!

Pero lo que en realidad lamentaba era algo más que unos cuantos chistes de elfos. Mientras caía por los aires, lo único que Hilda tenía en mente era la cara de su madre. Le dolía lo mal que se había portado con ella los últimos días. Lo que peor le sabía era que no podría volver a decirle lo mucho que la quería.

El gorro de Hilda salió volando. Su jersey y su bufanda se inflaron y ondearon. El suelo estaba cada vez más cerca.



16



Una gran mano del color de la medianoche se interpuso entre Hilda y el suelo y la atrapó con cuidado en el suave pelo de su palma.

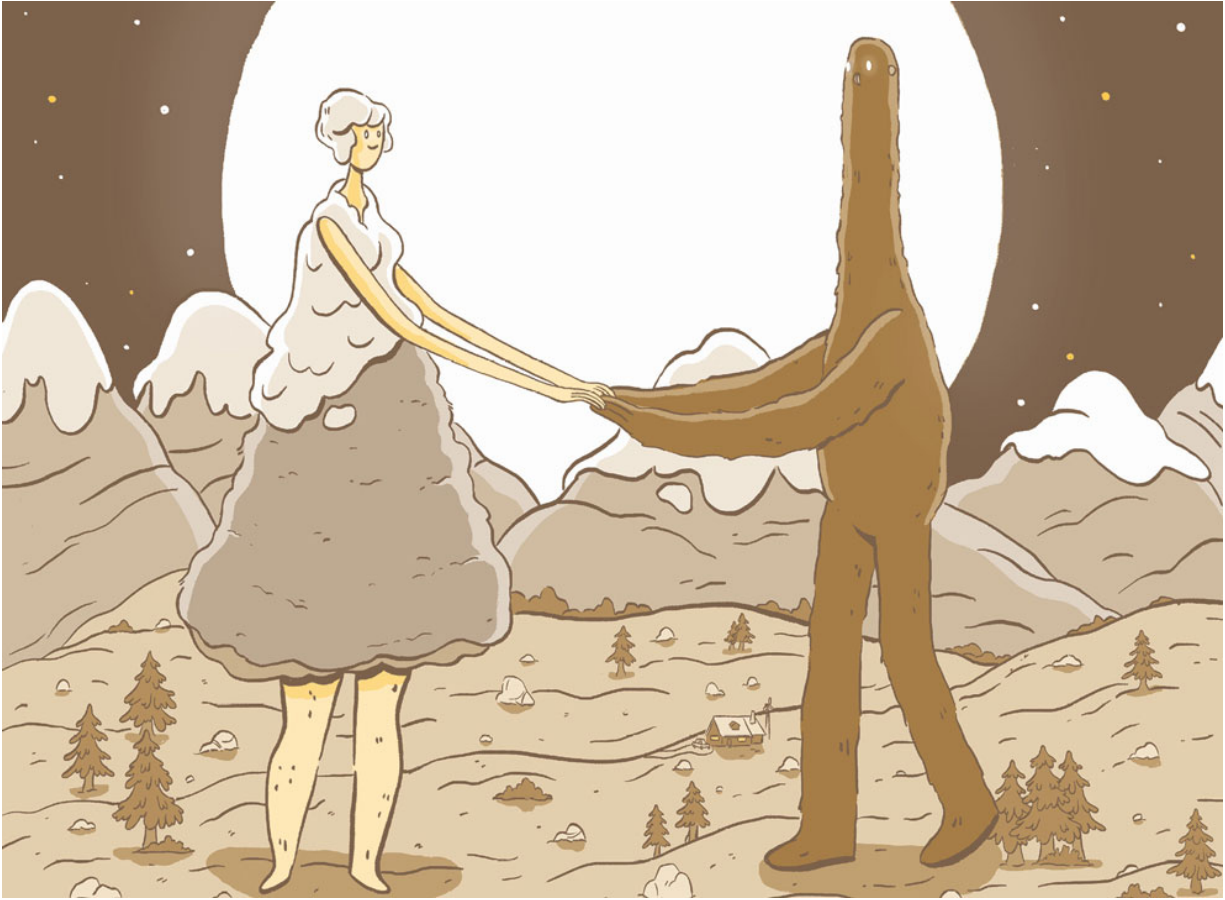
—Te tengo —dijo una voz de trueno feliz.

—¡Jørgen! —exclamó Hilda.

—¡Jørgen! —exclamó Alfur.

—¡JØRGEN! —exclamó la giganta.

El gigante de medianoche dejó a Hilda en el suelo y corrió hacia su amiga.



—¡Estás aquí! —bramó abrazándola con fuerza—. Pero ¿cómo? ¿Dónde estabas las noches que te esperé?

—¡He estado aquí todo el tiempo! —respondió la giganta. El pelo de Jørgen amortiguaba su voz—. Amor mío, las cosas se complicaron después de que te marcharas. Llegó la gente pequeña. Todos estaban hartos y decidieron marcharse o esconderse. Pero yo no podía soportar la idea de marcharme sin ti. Vine al lugar en el que habíamos quedado, me senté y esperé, esperé y esperé. En algún momento debí de quedarme dormida.

Hilda escuchaba asombrada. Imaginaba el cuerpo de la giganta dormida cubriéndose de piedras, musgo y nieve durante miles de años. Cuando Jørgen acabó su labor de guardián y volvió a buscarla, su novia debía de parecer una montaña como cualquier otra.

—Me has esperado cuatro mil años —comentó Jørgen—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —le contestó la giganta—. Estamos juntos. Es lo único que importa ahora.

Las palabras de la giganta conmovieron a Hilda. De repente se dio cuenta de que en los últimos días había pasado tanto tiempo triste y preocupada por perder su casa que había olvidado qué es lo que realmente convierte un hogar en hogar: que ahí están las personas a las que quieres. «No pasa nada. Estamos juntos. Es lo único que importa ahora».

—¿Hola? —dijo una vocecita procedente de la mochila de aventuras de Hilda—. ¿Hay alguien ahí?

—¡El rey! —gritó Alfur—. Déjalo salir, rápido.

Hilda abrió la mochila y dejó el castillo en el suelo con cuidado. Se elevó una puerta, descendió un puente levadizo y del castillo salió un elfo de aspecto majestuoso con un cetro y un pergamino en las manos.

—Señorita —anunció—, a la luz de los recientes acontecimientos, yo, el rey, quisiera declarar el fin del conflicto entre mi pueblo y vosotras. Al salvar mi castillo y a todas las personas que habitan en él, has demostrado ser una persona honorable. Enviaré inmediatamente un mensaje al primer ministro para informarle. Si firmas este tratado de paz, lo haremos oficial.

Hilda cogió el pequeño pergamino y lo firmó rápidamente.

—Entonces ¿ya no somos vuestras enemigas? —preguntó.

—En absoluto —le contestó el rey.

—¿Y no tenemos que marcharnos?

—Claro que no —le dijo el rey sonriendo—. Tenéis tanto derecho a vivir aquí como nosotros.

—¡Gracias! —exclamó Hilda.

Miró su casa, con las cortinas de cuadros en las ventanas y la columna de humo saliendo de la chimenea. Se sintió muy feliz.

Mientras miraba su casa, la puerta de la calle se abrió y salieron su madre y Twig. Su madre llevó dos pesadas maletas al coche y tardó un momento en ver a los dos gigantes montañosos abrazándose. Al verlos, le temblaron tanto las piernas que tuvo que apoyarse en el coche para no caerse. Con la cara pálida y la boca abierta, parecía un pez muy sorprendido.

Hilda corrió hasta su madre y la abrazó.

—Te quiero mucho, mamá. Siento haberme enfadado contigo.

Su madre sonrió ligeramente.

—Yo también te quiero, Hilda. Pero cuéntame qué demonios está pasando aquí, por favor.

—Muy bien, te lo contaré. —Hilda respiró hondo—. El monte Pompón no es una montaña... en realidad es una antigua giganta, y ese gigante de pelo negro que la abraza se llama Jørgen, y aquella caja invisible roja y blanca es el castillo del rey elfo... y, en resumen, bueno, el caso es que...

¡¡¡NO TENEMOS QUE MARCHARNOS!!!

Su madre miró hacia donde Hilda había dicho que estaba el castillo invisible y luego volvió a mirar a los gigantes.

Twig saltó a los brazos de Hilda, que le rascó el pelo de la nuca.

—Vamos a dar un paseo y a charlar —propuso la giganta a Jørgen—. Llevo cuatro mil años sentada y necesito estirar las piernas.

—Buena idea —le contestó Jørgen.

Se marcharon cogidos de la mano, una imagen perfecta de final feliz si no hubiera sido porque el primer paso de Jørgen aterrizó justo en la casa de Hilda. La casa y todo lo que había en ella quedaron aplastados en un instante, como una caja de cerillas pisoteada por un oso.

—¡Nuestra casa! —gimió su madre—. ¡Nuestra bonita casa!

La niña observó la casa aplastada. Estaba tan impactada que por unos segundos no sintió nada en absoluto, pero entonces recordó las palabras que había dicho la giganta.

—No pasa nada —susurró cogiendo de la mano a su madre—. Estamos juntas. Es lo único que importa ahora.

Jørgen, que caminaba por las colinas con su novia gigante, ni siquiera se enteró del destrozo que había causado. Los dos gigantes llegaron a un prado de amapolas árticas y allí se dieron la mano, se arrodillaron y se lanzaron al espacio.





17



Hilda y su madre, cogidas de la mano, observaron su casa en ruinas, una maraña de tablas, troncos, tejas, cristales rotos y ladrillos de la chimenea.

Hilda se agachó y cogió un gran trapo de cuadros de entre los escombros.

—Bueno —susurró—. Siempre has dicho que no te gustaban estas cortinas.

Su madre hizo un ruido raro, algo a medio camino entre la risa y el llanto.

Hilda le apretó la mano. Iba a decirle algo más cuando vio dos piernas de madera asomando entre los escombros. Al principio pensó que eran patas de una silla, pero enseguida vio que una de ellas se movía.

—¡El Hombre de Madera! —exclamó.

Hilda soltó la mano de su madre y trepó por los tablones y los escombros para alcanzarlo, pero se movían bajo sus pies y la hacían tropezar. Al final llegó a las piernas de madera y tiró suavemente de ellas.

¡PLOF! El Hombre de Madera surgió de entre las ruinas de la casa con la misma expresión aburrida y triste de siempre. Hilda le pasó un brazo por los hombros y le quitó el polvo de los ojos con su bufanda.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—He perdido mi casa —le contestó el Hombre de Madera en tono inexpresivo.

—También era nuestra casa —le recordó Hilda.

—Quiero decir que he perdido mi rincón favorito en vuestra casa —puntualizó el Hombre de Madera mostrándole el libro *CUEVAS Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*—. Estaba leyéndolo cuando vuestra casa me cayó encima.

Hilda mantuvo el brazo alrededor de los hombros del Hombre de Madera y lo ayudó a cruzar los escombros hasta el lugar donde estaban su madre y Twig. En el camino recogió una tetera de cobre y su cuaderno, que ahora, además de saliva de troll, estaba cubierto de polvo.

—Bien hecho —le dijo su madre—. Pero no vuelvas a pisar los escombros, Hilda. Es peligroso.

Era tarde y el sol, bajo en el cielo, descendía entre los pinos. Hilda y su madre extendieron la cortina en la hierba, como si fuera una manta de pícnic, y se sentaron a pensar en un plan. Después de lo sucedido estaba claro que tendrían que trasladarse a Trolberg.

—El piso de Trolberg estará listo mañana —le dijo su madre—, pero no tengo ni idea de adónde vamos a dormir esta noche. ¿Se te ocurre algo, Hilda?

La niña pensó en la bonita cabaña de pino y nogal del Hombre de Madera, en el bosque. Lo miró y alzó las cejas.

—¿Se te ocurre algo, Hombre de Madera?

—Sí —le contestó él.

—¿Y bien?

—Tienes una tienda de campaña, ¿verdad?

Por suerte, el equipo de acampada de Hilda estaba en una maleta, en el coche. Montaron la tienda entre el árbol hueco y el estanque con peces, lejos de las casas de los elfos. La madre de Hilda hizo fuego y prepararon enormes tazas de chocolate caliente en la tetera de cobre. Twig estaba tumbado cerca, con los ojos medio cerrados, y parecía en paz y relajado.

—Nuestra última noche en el campo —comentó la madre de Hilda mirando las estrellas.

Hilda rodeó la taza con las manos para calentárselas. Echaría de menos el campo, por supuesto, pero allí sentada bajo las estrellas no podía evitar sentir que estaba a punto de vivir otra gran aventura. Le sucedían cosas estuviera donde estuviese.

De repente sintió que le tiraban de la oreja.

—¿Qué pasa, Alfur? —susurró.

—Estaba pensando que quizá podría ir contigo a Trolberg —le contestó—. A los elfos siempre nos ha interesado el mundo más allá de este valle. Si voy contigo, podría escribir informes sobre la vida en la ciudad y mandárselos a mi gente.

—Por supuesto —le dijo Hilda—. Cuantos más, mejor.

—Tendré que hacer una montaña de papeleo, claro —añadió Alfur—. Solo la solicitud del pasaporte elfo tiene doscientas setenta páginas.

—Pues será mejor que empieces ya —le aconsejó Hilda sonriendo—. Nos veremos aquí al amanecer, listos para una nueva aventura.

Alfur bajó por la bufanda de Hilda y corrió hacia la oscuridad.

—¿Con quién hablabas? —quiso saber su madre.

—Te lo contaré luego —le respondió Hilda—. Pero antes tengo que preguntarte algo muy importante.

—Adelante.

—¿Has empaquetado el Dragon Panic o está entre los escombros?

—Estoy segura de que está en la maleta.

Hilda sonrió y flexionó los dedos.

—¿Y a qué estamos esperando? —le preguntó—. Te daré una ventaja de tres casillas y una poción curativa extra, y aun así te borraré del mapa.

—¿Ah, sí? —Su madre se rio y negó con el dedo a la luz del fuego.

—Sí.

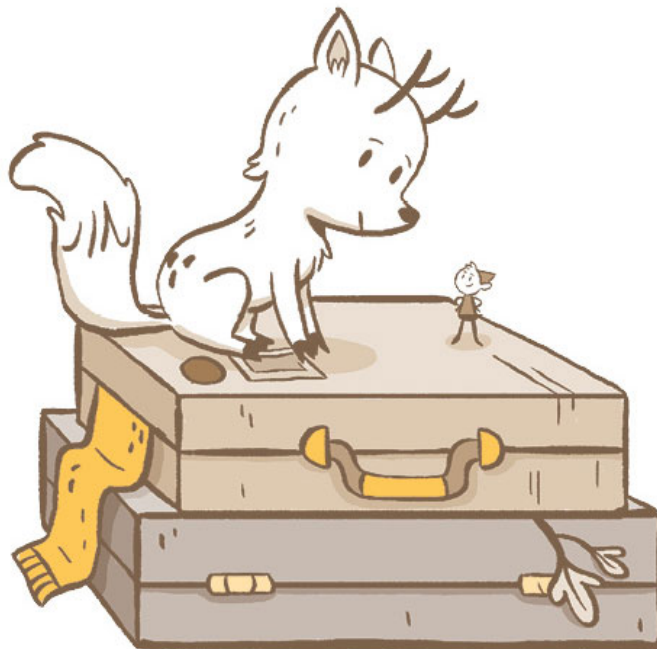
—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡SÍ!

Su madre se lanzó sobre ella y empezó a hacerle cosquillas. Madre e hija rodaron alrededor del fuego tronchándose de risa, como si nada en el mundo les preocupara.



Stephen Davies es un escritor británico que vive en Londres. Ha escrito para The Guardian Weekly («Letters from Burkina Faso») y para The Sunday Times, y es autor de varios libros para jóvenes lectores.



Luke Pearson se ha convertido en muy poco tiempo en uno de los principales talentos del cómic británico. Es el creador de los cómics de Hildafolk y de la serie original de Netflix Hilda.

